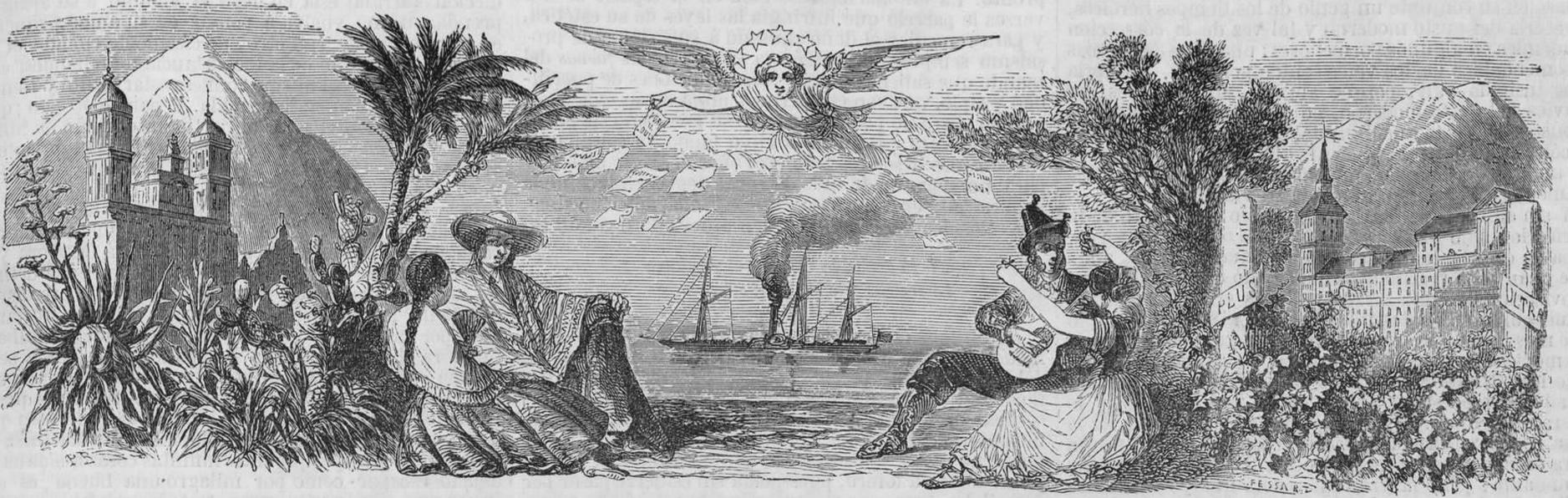


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N. 13.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, nº 10, en Paris.

SUMARIO :

Poetas españoles contemporaneos ; Don Francisco Martinez de la Rosa. — Historia de la Semana ; grabado. — Monte-Cristo ; historia del palacio de Monte-Cristo ; grabados. — D. Juan de

Lanuz ; leyenda. — El Fosforo ; grabados. — Magnetismo animal ; conclusion. — Excursion en Venezuela ; grabados. — Proyecto monstruo. — La venganza de los difuntos ; novela. — Revista de la moda. — Cera vegetal y cera de abejas. — Lavengro ; conclusion. — La reina Victoria y el principe Alberto ; grabados.

Poetas españoles contemporaneos.

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Articulo segundo.

À propósito de las advertencias de este autor, encon-



Los 28 casamientos dotados por el Emperador de los Franceses.

tramos una á la cabeza de un trabajo *épico* á que él da el modesto nombre de *poema*, solo para decir que ha invertido en dicho trabajo casi toda su vida, y que piensa dedicarle la que le queda. Despues de leer semejante advertencia, cualquiera creera encontrar en dicha obra todo lo que puede exigir la crítica mas inflexible á la reputacion mas bien fundada. Una *Iliada* seria cosa pálida despues de tal recomendacion, porque aunque revelase en su conjunto un genio de los tiempos heróicos, careceria del gusto moderno y tal vez de la correccion académica en algunos pormenores: una obra de las mas recomendables de los vates contemporáneos, pareceria mas insípida aun, porque aunque tuviese todos los atavíos del gusto moderno, no tendria tal vez aquella robustez del poeta que inmortalizó su nombre cantando la cólera de Aquiles. ¿Qué es lo que no debemos esperar de un trabajo literario en el cual dice el autor voluntariamente que ha invertido toda su vida?

Y sin embargo la obra de que hablo dista tanto de la perfeccion bajo todos conceptos, que á cualquiera persona de criterio le pareceria ménos que mediana, aunque el autor la recomendase, diciendo que era una improvisacion con piés forzados. Pobre en su concepcion y mezquina en su desempeño, seria difícil decidir si lo que mas la caracteriza es su palidez ó su desaliño. M. de Cormenin dice que Lamartine no ha palidecido nunca bajo los estremecimientos de la inspiracion ni profundizado lleno de sudor los surcos del pensamiento, y lo mismo, en inverso sentido, digo yo de Martínez de la Rosa. Efectivamente, Lamartine no se ha esforzado nunca para derramar esas galas de que su fecunda musa es tan abundante; pero la gran diferencia que yo encuentro aplicando al vate español lo que dice Cormenin de su compatriota, es que Lamartine no se ha esforzado nunca, porque nunca ha tenido necesidad de hacer esfuerzos, al paso que Martínez de la Rosa no se ha esforzado porque no podria esforzarse aunque quisiera. La naturaleza le dotó de un temperamento tan particular, que le condenó á no conocer en su vida una sola de esas emociones que en ciertos casos experimentan todos los mortales. Yo creo que este señor tiene sobre poco mas ó ménos una idea de la inspiracion como un ciego de la luz, sobre todo, si es ciego de nacimiento. Una aurora boreal en Rusia, una tempestad en el cabo de Hornos, un incendio en Constantinopla, una erupcion en el Vesubio, una revolucion en Paris, es decir, todo lo que el cielo, el mar, el fuego, la tierra y los hombres pueden ofrecer de mas imponente á nuestra imaginacion, seria incapaz de conmover el corazon de don Francisco Martínez de la Rosa, y por eso digo que nunca este autor ha sufrido alteracion moral ó fisica de ningun género tratando de profundizar los surcos del pensamiento. Escribe versos ó prosa como podia beber cerveza alemana ó jugar al dominó, dos cosas que solo puede hacer un hombre por pasatiempo, y así es como se comprende que haya dado á luz los fragmentos del poema de que ántes he hablado, aunque nunca se concibe que estos hayan debido absorber toda la vida de un hombre. Para apreciar debidamente las fuerzas del señor Martínez de la Rosa como poeta lírico, bastará examinar esa composicion que parece ser su sueño dorado, puesto que le ha consagrado la existencia, no atreviéndose despues de todo á publicar sino los fragmentos mas escogidos. Para conocer la importancia de este poema bastará examinar su primera estrofa á que el autor da el nombre de octava, y para juzgar dicha octava bastaria citar el primero de sus renglones, que no me determino á llamar versos. Dice así:

« En el soberbio alcázar mahometano »

Aquí no puedo ménos de recordar el verso con que Iriarte dió principio al poema de la música y que, segun dicen, hizo tomar las de Villadiego á García de la Huerta. No encuentro mas que una diferencia, y es la de que tomando el verso de Iriarte que dice:

Las maravillas de aquel arte canto,

y alternando ó componiendo sus términos, cualquier algebrista sabria hacer de un verso malo todos estos versos buenos:

Las maravillas canto de aquel arte.....

Canto del arte aquel las maravillas.....

Del arte aquel las maravillas canta.....

miéntras que el verso del señor Martínez de la Rosa no peca solo por la falta de orden, sino por una fatal eleccion de palabras con las cuales el mismo Lope de Vega se veria imposibilitado de construir un regular endecasílabo.

Este verso que es malo, absolutamente considerado, es mucho mas malo si se repara que pertenece á un poema, y que casi podria llamarse el primer granadero por formar en la primera linea de la primera octava; pero el segundo es infinitamente peor que el primero, como se demuestra con la figura siguiente:

« Del pérfido Boabdil dejado apénas. »

No es posible hacer dos versos mas flojos que los dos que he citado, precisamente los primeros versos del primero de los fragmentos de la primera de las composiciones á que el autor ha consagrado toda su vida. Pero sigamos citando.

« Cuando cayó del trono soberano
Despeñado á las líbicas arenas,
Reposaba el caudillo castellano
Dando tregua del mando á las faenas. »

Aquí el autor iba remontándose tal vez sin saberlo, y si lo sabia, es preciso confesar que se arrepintió bien pronto. La entonacion sostenida en el espacio de tres versos le pareció que infringia las leyes de su estética, y para remediar el daño causado á su sistema de prosaismo sempiterno, lanzó esa tregua en las faenas del mando que satisface á todas las condiciones de puerilidad y ripio, que son el cuerpo y alma de su existencia poética. Pero no podia detenerse su genio en este punto de la prosaica pendiente á cuyo fondo va caminando sin descanso desde los primeros años del siglo actual, y para no dejar nada que desear á los enemigos de la inspiracion, cerró esa octava que está diciendo comedme, con estos dos versos que pueden arder en un candil:

« Y ya batiendo el sueño el ala grave
Le rociaba con bálsamo suave. »

Admitimos que el sueño bata el ala, porque es una metáfora como otra cualquiera; pero eso de dar al ala del sueño la calificacion de *grave*, no merece indulto por mas que, como circunstancia atenuante, alegue la necesidad de la rima que los maestros llaman ripio. El último verso aceptable tambien en su concepto metafórico no puede admitirse de ninguna manera bajo el punto de vista fónico, pues podia sin esfuerzo pasar por decasílabo. Pero aunque prescindiésemos de la armonía, cosa imposible cuando se trata de la versificacion, que para mí es la música aplicada á la poesía, aunque concediésemos una amnistia á ese monton de sinalefas que tan mal efecto producen en los versos ¿podiamos hacer otro tanto con la falta de nervio y de elevacion de que se resentian á la vez en esa octava el lenguaje y el pensamiento? ¿Puede darse una entonacion ménos épica, una vulgaridad mas empalagosa y una palidez mas glacial? Y téngase presente, que he citado esta octava, no porque sea la peor, sino porque es la primera del poema, como he empezado la crítica por esta composicion, no porque es la peor, sino al contrario, porque es la obra predilecta á que el señor Martínez de la Rosa ha consagrado toda la vida. Por lo demás la octava citada tan inferior á las exigencias del arte y de la popularidad de su autor, es ménos mala; mas diré, es una obra perfecta comparada con el resto del poema.

Pero hay algo peor que el prosaismo rastrero en el lirismo de don Francisco Martínez de la Rosa, y es que abandone la tierra para remontarse á la esfera de los genios incomprensibles, escollo natural en que tropiezan los que no habiendo nacido poetas se empeñan en parecerlo. Ved aquí una muestra, y luego hablaremos.

EL SÁTIRO.

¡Oh tú, mas feble á seductor halago
Que tierno lino al revolver el viento
Cuando mecido en la feraz llanura
Trémulo ondea.
Si allá te oprime en sus nerviosos brazos,
Su negra boca á tu semblante uniendo
De rojas moras con fealdad teñida,
Sátiro inundo.
No mas te acuerdes de mi amor primero,
Ni el labio mío con su blando bozo
El pecho halague que punzaron ántes
Asperas cerdas.
Al pié del sauce, en tu apacible baño,
Yo vi estampada la redonda huella
Del torpe amante, y del brutal retozo
Turbias las aguas.
Anda, pues, falsa, y su enastada frente
Ciñe en el bosque con lasciva hiedra;
Miéntras oculto con mi fiel zagala
Plácido rio.

Aquí el autor me ha dejado tan á oscuras, que necesito encender una vela para ver lo que ha dicho. Si este señor se hallase presente, yo le preguntaria lo que ha querido decir, y despues que me lo explicase, vendria como de molde esta célebre interpelacion que en un caso parecido dirigió don Juan Nicasio Gallego á cierto poeta. « Pues si es eso lo que usted ha querido decir, ¿porqué no lo ha dicho? »

Yo comprendo que cuando los hombres caminando en pos de una idea superior á nuestra humilde inteligencia invaden el nebuloso campo de la metafísica, usan ese tenebroso galimatias que nosotros no entendemos ni ellos tampoco, porque aquí el defecto está en la indole del trabajo; pero en la poesía cuadra mal el enigma, y la composicion que acabo de citar es mas que un enigma, es un logogrifo. Verdad es que si me ponen en la precision de explicar lo que el señor Martínez de la Rosa ha querido decir en el *Sátiro*, podré conseguirlo si quiera por lo habituado que estoy á descifrar otras charadas del mismo autor. Se trata, me parece á mí, de un amante que temiéndola volubilidad de su querida, la aconseja no ceder á las caricias de un monstruo so pena de olvidar su primer amor. ¿Y cuándo da este consejo? Cuando el mal es inevitable, puesto que el mis-

mo amante ha descubierto ciertos indicios de culpabilidad, que es como si yo aconsejase al señor Martínez de la Rosa que no escribiese algunos versos despues que los hubiera publicado. Pero hay mas: á poco rato de amonestar el amante tan severamente á la dama á que huya del Sátiro, le dice que ciña la frente del monstruo con la hiedra lasciva del bosque; contradiccion grande, aunque no la mayor del soliloquio, porque la contradiccion garrafal está en decir el amante á su antigua prenda que no vuelva á pensar en su amor primero, en el caso de irse con otro, precisamente cuando él la ha dado el ejemplo de la inconstancia marchándose con otra, puesto que él mismo confiesa estar oculto y riendo plácidamente con su fiel zagala. Y para todo esto; qué prurito de amontonar palabras! ¿Qué empeño de inflamar la lengua no pudiendo inflamar el pensamiento ó el corazon! ¿Qué poca novedad! y sobre todo; qué poco atractivo!

Pero es bien extraño que incurra en el defecto de la oscuridad el señor Martínez de la Rosa que tan inexorablemente ha condenado algunas veces á Góngora y á sus imitadores, sabiendo que estos cayeron en el delirio no solo por una especie de reaccion contra el prosaismo que se iba introduciendo en aquella época, sino tambien por un exceso de genio. Efectivamente, sobraba á Góngora el fuego que falta á Martínez de la Rosa; pero de una capa larga se puede cortar lo que se quiera sin dejar señal del defecto que ántes la afeaba, miéntras que es imposible alargar con remiendos una capa corta sin que dejen de notarse las costuras. Suponer que Martínez de la Rosa es poeta, porque entre infinitas cosas malas haya dejado escapar como por milagro una buena, es suponer que una mujer roma, tostada, con boca grande y sin cejas, es hermosa, solo porque tiene buena dentadura. Decir que Góngora es un mal poeta porque entre muchas cosas inimitables presenta algunos defectos, equivale á sostener que el sol es feo porque tiene algunas manchas. Tan temerario seria desdeñar por sus manchas al sol, como prendarse de una fea por la belleza de sus dientes.

Tambien es extraño que el señor Martínez de la Rosa tan pueril y prosaico en una composicion que tiene pretensiones de *poema épico*, haya querido ser tan florido y enfático en el *Sátiro*, que apenas puede tener las pretensiones de un madrigal. Esto solo se explica por esa falta de inspiracion verdadera que hace que los cómicos y los oradores inaccesibles á la pasion empleen la mímica ó las modulaciones de la voz en razon inversa de los afectos que quieren representar. Generalmente son frios en los momentos solemnes y graves en las situaciones comunes, y esto es lo que le sucede al señor Martínez de la Rosa cuando trata de expresar lo que está lejos de sentir.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

Principiemos por una historia de ladrones, que tomamos de uno de los diarios oficiales de Paris, cuya mision consiste en enterar al público de todos los dramas judiciales, asesinatos, robos, envenenamientos y demás delitos que diariamente se cometen en la capital del mundo civilizado. El hecho es el siguiente:

Una de las callejuelas próxima al Palacio Real, se hallaba dias pasados atestada de curiosos que habian acudido allí á presenciar un espectáculo de los mas singulares. Un ladrón sorprendido in fraganti en una casa, habia logrado salir á la escalera desde donde pudo llegar hasta el tejado, huyendo de los inquilinos que le perseguian con encarnizamiento. Sin embargo, cuando estos le descubrieron en aquellas alturas, poco deseosos de aventurarse detrás de él por un camino tan resbaladizo, corrieron al cuerpo de guardia mas cercano, de donde volvieron un instante despues acompañados de fuerza armada para bloquear todas las salidas, en tanto que llegaban los bomberos que tienen, como los gatos, el hábito de andar por los tejados.

Miéntras todo esto sucedia, se habian ido formando los grupos de curiosos en la calle, observando desde allí las evoluciones aéreas del torpe ladrón que, descalzo y únicamente vestido de una blusa, andaba en busca de una salida para sustraerse á su apurada situacion, libertándose á la vez de los inquilinos y de los soldados que estaban bien alerta, unos en la escalera y otros en la calle.

Al cabo de algunos minutos se le vió llegar junto á las canales sosteniéndose en las chimeneas, luego se le vió subir de nuevo, y por último se ocultó desapareciendo completamente á las miradas.

Entretanto ya habian llegado los bomberos; cuatro de ellos subieron al punto al tejado, y siguieron la pista al ladrón con la presteza particular que distingue á los hombres de este cuerpo; pero todas las investigaciones fueron inútiles; el ladrón no parecia, y no se descubrió el menor indicio del camino por donde habia podido escaparse.

En este caso, no hubo mas remedio que resignarse á continuar el bloqueo de la casa, con la esperanza de que de un momento á otro se le descubriera; pero esto fué inútil tambien, y mas de dos horas habian ya trascurrido, cuando un mozo de esquina se presentó con la siguiente carta dirigida al sargento que mandaba la tropa, y por la cual se supo el desenlace:

« Valeroso sargento, no te canses mas tiempo en esperarme; cuando leas estos renglones, estaré yo en salvo. »

» He pasado al tejado de la casa vecina, y he abierto la ventana de una bohardilla, en cuya habitacion he encontrado un cofre donde habia un chaleco, un paletot y unos buenos zapatos, todo lo cual me endosé y me ha venido de perilla, pues que

á beneficio de mi nuevo traje he podido salir por la puerta cochera que, por ser curioso el portero, habia dejado libre. Ahora te acordarás que hablé contigo, y te dije que te costaría mucho trabajo prender al ladrón, y dije ladrón, porque confieso que habiendo hallado en el cofre en cuestión cuarenta duros en plata y en oro, no pude resistir á la tentación de llevarmelo.

Registrando la casa vecina, se vió que el astuto ladrón no habia mentido, y la tropa y los curiosos se retiraron.

Ya que estamos con las anécdotas judiciales, contarémos también á nuestros lectores otro lance mas serio, que han relatado los periódicos de París esta semana :

Dos jóvenes, Adela y Lucia, una de trece y otra de diez y siete años, habian entrado á trabajar como aprendizas en casa de una modista de la calle de Richelieu. Adela, que es la mas jóven, era amable, y manifestaba mucho apego al trabajo, pero Lucia, por el contrario, dió muestras de un genio tan díscolo, que ninguna de sus compañeras queria estar á su lado.

Irritada al verse en aquel aislamiento, Lucia después de haber intentado varias venganzas, acabó por romper su aguja y sus tijeras, y se presentó á su maestra, diciéndola que no podía vivir mas tiempo así, y que queria volver al seno de su familia.

Desgraciadamente este acto de rebelión no produjo otra cosa que un castigo, á cuyo beneficio se creyó que se podría domar el insociable carácter de la jóven. En efecto, Lucia guardó su encono, y volvió al trabajo con una resignación aparente.

Pero ¿quién diría que bajo aquella calma fingida se ocultaban ideas tan feroces? Por las noches, Lucia despertaba á su hermana, y ya ofreciéndola juguetes ó niñerías, ya amenazándola de un modo que la daba miedo, queria persuadirla á que la ayudara á matar á su maestra mientras esta dormía, para cuyo efecto tenia oculto en su cama un cuchillo largo y afilado que habia cogido en la cocina, y que la dueña de la casa creyó perdido.

Estas amenazas espantaron el alma inocente de la jóven Adela, pero no pudieron decidirla á que tomara parte en aquel crimen.

Por último, una noche Lucia echó á su hermana al cuello un nudo corredizo, y la dijo que la iba á ahogar si no queria ayudarla. La pobre criatura lanzó un grito, á cuyo ruido se despertó el ama; y como esta la preguntara la causa de su exclamación, Adela, que temia mucho á la otra, contestó que habia sido un sueño que habia tenido.

Conociendo Lucia que su hermana no consentiría jamás á ayudarla en su venganza, resolvió vengarse por sí sola, y al efecto machacó un vidrio hasta á reducirlo á polvo, y lo echó en los manjares que debia comer su ama. Esta, sintiendo en sus entrañas fuertes dolores cuya causa no podia averiguar, tomó inútilmente varias medicinas, hasta que al cabo sorprendió á Lucia regando su sopa con aquellos polvos.

Lucia, sin embargo, quiso negarlo, pero además de haberla cogido con los polvos en la mano, Adela concluyó por referir llorando los hechos que acabamos de contar.

La justicia entiende ya en el asunto, y de las primeras investigaciones consta en el sumario, que el abuelo de esta jóven cometió durante su vida muchas tentativas de asesinato, concluyendo por ahogar su propia mujer, y todo por causa de locura. Los hijos de este homicida no manifestaron jamás el menor sintoma de tan triste enfermedad, pero ahora vemos que la manía resucita en uno de los descendientes de la familia; los médicos aseguran que muchas veces se han observado transmisiones como estas al cabo de varias generaciones.

Fuera de estos incidentes de tribunales, que podriamos multiplicar hasta lo infinito, la semana ha ofrecido pocas cosas notables.

París duerme, ó mas bien descansa. Ahora es el momento en que las piadosas parisenses se recogen y hacen su exámen de conciencia, á fin de rescatar con una austeridad de quince días todos los pecadillos del año. Sin embargo, la penitencia siempre deja tiempo para los preparativos de Pascua, en cuyos días aseguran se dará el gran baile que tiene prometido el Cuerpo legislativo, y del que se cuentan ya mil maravillas, porque los diputados quieren eclipsar en su fiesta á los senadores.

La juventud dorada de París se habilita también durante la cuaresma de la indispensable casaca bordada y del calzón corto, aunque este último ofrece un grave inconveniente. Desde luego la cuaresma, este tiempo de potajes y de peces, no es muy propio para restaurar las piernas defectuosas, y para hacer nacer en ellas lo que falta; pero para eso ha habido industriales que, como los sastres, han producido inventos aplicables á las necesidades de la época. El siglo marcha; los adornos postizos se perfeccionan de un modo admirable, y ya tenemos en venta para debajo de las medias de seda preciosos aparatos de goma elástica nerviosos, de buen contorno, y de una solidez á toda prueba.

Por otra parte, hay un médico que ha venido, como la providencia de las piernas delgadas, anunciando en magníficos prospectos, que se compromete á que echen pantorrillas las naturalezas mas rebeldes, y en prueba de ello no quiere cobrar un cuarto hasta que el parroquiano se halle provisto del objeto que desea. No hay gente como los médicos; para ellos todo es fácil. ¿Empleará este una pomada de oso ó una de esas aguas que hacen echar pelo á los calvos? Lo ignoramos, porque el prospecto calla sobre este punto; únicamente indica que el tratamiento no es doloroso, ni aun desagradable. Del precio tampoco dice nada; es probable que se halle en relación con el volumen de pantorrilla que se pida.

También se anuncia que se han descubierto unas aguas minerales, dotadas de la preciosa facultad de producir ese mismo resultado en las piernas que se mojan en ellas. Las grandes virtudes de estas aguas nos suministrarán este verano algunas historias con que llenar nuestra historia de la semana. Entretanto, las personas afligidas de esta ausencia de pantorrillas y que desean presentarse en la corte, acuden al doctor en cuestión, ó lo que es mas seguro, se hacen con sus suplementos de goma elástica.

Pero todo esto ya hemos dicho que son preparativos y nada mas; por ahora las diversiones del gran mundo han cesado; si hay fiestas, son en la iglesia; si hay conciertos, son espirituales.

Y ya que hablamos de iglesia, dirémos dos palabras sobre la muerte de nuestro ilustre compatriota Orfila, cuyas exequias se celebraron el lunes con gran pompa en San Sulpicio.

Los títulos científicos de este hijo de las islas Baleares son conocidos de todo el mundo. Creador de la medicina legal, Orfila ha sido el primer toxicologista que ha habido.

La parte mundana de esterey de la Francia daría materia para una interesante biografía. Además de su mérito como sabio, Orfila poseía un conjunto de facultades que suelen verse á menudo entre los hombres del Mediodía; su amor á las artes, y sus dones de artista son tan conocidos en París como su misma ciencia.

El doctor P. Meniere, que es también una celebridad medical, nos ha revelado una porción de particularidades de este género en la mejor noticia que se ha publicado estos días sobre Orfila. M. Meniere cuenta que el ilustre profesor, sumamente aficionado á la música, compuso á la edad de doce años una misa que se ejecutó en su ciudad natal. Sabidos son los triunfos que después le valieron en las sociedades (continúa el amigo del difunto) sus talentos de cantante, que aun los maestros llamaban de primer orden.

Hombre conocedor en bellas artes, su casa fué durante muchos años el círculo privilegiado á donde acudían los mejores cantantes parisienses. No hubo en París un artista famoso que no deseara hacerse oír en aquel salón de tanta nombradía. Duprez cuando llegó de Italia á cantar *Guillermo Tell*, quiso probar allí el efecto que produciría, y no se creyó seguro hasta que recibió la aprobación de aquel selecto público.

Pero esta distracción de un gusto tan puro y noble jamás perjudicó al hombre científico. Orfila aplicaba á la música esa maravillosa aptitud, esa facilidad de comprensión que tienen todos los grandes hombres. Un día, en una asamblea general de los accionistas del camino de hierro del Norte, se elevó una discusión entre los principales encargados de esta vasta empresa. De repente Orfila toma la palabra, y expone con su claridad habitual una solución del problema. M. de Rothschild, enagarrado con aquel modo de ver y de decir, comprende al punto el partido que se puede sacar de aquella cabeza, y suplica á Orfila que entre á formar parte del consejo de administración de la compañía.

Desgraciadamente al salir de una sesión de ese consejo, el día 5 de marzo, lloviendo á mas no poder, el célebre profesor cogió el frío que le produjo la aguda enfermedad que le mató en seis días.

Apuntemos aquí un deseo extraño y singular que tuvo Orfila á su muerte. Él, que habia ordenado tantas autopsias en esos hospitales donde la idea del escalpelo anatómico aflige á tantos moribundos, exigió que su cuerpo sufriese la regla que habia proclamado para todos.

Concluirémos con dos líneas en explicación del grabado que acompaña nuestra revista, representando los veintiocho matrimonios ordenados por el Emperador en conmemoración del suyo en el acto de recibir la bendición nupcial en la iglesia de Nuestra Señora.

Dotados sobre el patrimonio particular del Emperador, los esposos han sido elegidos en las clases de militares en activo servicio, licenciados del ejército, y obreros conocidos por su laboriosidad y buenas costumbres. Las mujeres, todas ellas de las clases menesterosas, fueron adoptadas por la autoridad municipal, previo el exámen de su vida; se eligieron dos por distrito.

Los esposos fueron llegando sucesivamente á la catedral después de consumado el matrimonio civil en sus respectivas alcaldías.

El altar de la iglesia se hallaba adornado como el día en que se celebró el matrimonio del Emperador.

A las doce y media, el señor arzobispo de París, ayudado por sus vicarios generales, procedió á la bendición de los esposos en presencia de los miembros del capítulo y del clero de Nuestra Señora, hallándose también en el santuario el prefecto del Sena, los alcaldes de París y sus alrededores, los curas de las parroquias á que pertenecían los desposados, muchos miembros de la comisión municipal, y un crecido número de oficiales de la guardia nacional y del ejército.

Antes de dirigir á cada esposo las interpelaciones sacramentales, el venerable prelado trazó en unas cuantas palabras tan elocuentes como tiernas los deberes de los esposos relativamente á sí mismos, y á la sociedad á que pertenecen.

Después de haber entregado á los esposos los anillos y las piezas de moneda en oro, el señor arzobispo pronunció la fórmula sagrada: *Deus Abraham, Deus Isaac*, recitó las oraciones, y dijo la misa. Durante la ceremonia, las naves de la antigua basílica resonaron con las sinfonías del órgano.

La gente que no habia podido encontrar puesto en la iglesia inundaba la plaza del atrio, curiosos todos por ver aquellas parejas privilegiadas, que deben dar en las clases populares el ejemplo de buenas costumbres y demás virtudes que constituyen los buenos matrimonios.

MARIANO URRABIETA.

Monte-Cristo.

HISTORIA DEL PALACIO DE MONTE-CRISTO.

En otro tiempo, cuando el sol se levantaba puro en un domingo de primavera, estío ó verano, lo cual ha sido siempre raro, habia cuatro puntos predestinados, cuatro parques favoritos, á donde la clase media iba á refocilarse, á saber: Meudon, Saint-Cloud, Trianon y Versalles. Entonces solo se encontraban vestidos blancos bajo sombrillas verdes; los padres con sombreros

blancos; los niños con chaqueta azul y sombreros de paja; las madres, con sombreros de color de rosa, formaban grupos que cruzaban sus vivos colores, y que iban semanalmente á tragar una cantidad de polvo suficiente para tener provision de él en la garganta hasta el domingo inmediato, en que volvían á comenarse los mismos placeres.

Algunos, fieles á las antiguas tradiciones, consagraban este día de descanso á Montmorency ó á Romainville. Aquellos, por un capricho, que no se comprende hoy, buscaban todavía en el campo el campo mismo, es decir, que querían poderse quitar el frac, si tenían calor; beber leche, si tenían sed; comer sobre la yerba, si les daba ese capricho. — Aquellos merecen nuestra estimación y nuestras simpatías. — Pero aquellos han desaparecido, ó por mejor decir, se han visto obligados á desaparecer. Hoy el campo no es un placer, sino un quehacer. Ya no van cuatro ó cinco en un coche de alquiler, diez ó doce en un ómnibus, cincuenta ó sesenta en un vaporcillo, ahora van mil ó mil y quinientos por el camino de hierro; es decir, que en el convoy en que se parte, sea el que quiera, se hallan todos los conocidos, y es preciso ir muy vestido, so pena de ser señalado con el dedo.

La dirección es indiferente, un ferro-carril os lleva, y nuestra opinión es que el ferro-carril, línea derecha, si ha habido alguna, es la destrucción de todo placer, el enemigo de toda originalidad. Se acabaron los cascabeles, los latigazos, los caballos blancos y las tabernillas del tránsito; nada ya de lo que hace que una distancia doble de larga parezca en realidad doble de corta. Se iba al campo por el campo; hoy se va al campo sin saber por donde. Por de pronto, se necesita llegar á una hora fija, codearse para tomar el billete, empaquetarse en un cajón, donde cada uno juzga que es preciso y digno el ir muy serio y callado, oír el silbido agudo de una máquina estúpida, y detenerse cada cinco minutos para vomitar en un punto del trayecto las quinientas personas que, sin poderse explicar esta preferencia, han preferido Asnières á Chatou, San German á Versailles, Corbeil á Poissy, como si toda la campaña de los alrededores de París no se hubiera puesto el uniforme ridículo de nuestra época regularizadora.

De cuando en cuando, el viajero, que no ve mas que paredes y rampas con hilos de telégrafo eléctrico, percibe algunas flores que aparecen y desaparecen con la rapidez del relámpago. Son del jardinito que el guarda, obligado á pasar su vida desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, extendiendo el brazo derecho ó el izquierdo ante los rails, se ha hecho con algunas rosas, algunas reinas margaritas y algunos jacinintos, cuyo perfume solitario aspira para descansar de su cotidiano trabajo.

No se llega á la campaña, sino á un pórtico cualquiera, sombrío, en el cual las locomotivas hacen mucho ruido, el vapor se escapa, y es preciso aguardar para dar los billetes, como se aguardó antes para tomarlos.

Esto se llama salir al campo.

Las olmedas y bosquecillos de Desaugier, las cerezas y los burros de Paul de Kock han desaparecido. — En cambio hay restauradores magníficos con su correspondiente fuenteceilla, las flores artísticamente colocadas, gabinetes estrechos, salas al patio adornadas con festones, si no magníficos dorados. Si se quiere comer menos que en el *Café de Paris*, el dueño de la fonda os mira con desden, los criados os sirven con desprecio, si es que os sirven; y cuando llega por la noche la hora de partir, os meten á vuestro hijo en un wagon, á vuestra mujer en otro, y obligados á subir en el imperial, os dáis por muy satisfechos, si al llegar á París, lograis encontrar toda vuestra familia.

A todos estos incontestables inconvenientes, los partidarios de los caminos de hierro oponen esta única razón: *se va muy pronto.*

Hubo en una ocasión un convoy que fué lo que se puede llamar pronto, el que partió de Versailles el 8 de mayo de 1841 á las siete de la tarde.

Ciento cincuenta personas murieron en aquella celeridad.

Esto no obstante, la razón de la facilidad y rapidez del transporte está tan admitida, que un hombre de mucho talento cayó un día en la red.

Este hombre es Alejandro Dumas.

Habia concluido la primera parte de *los Mosqueteros*, y se queria la segunda. El autor sintió la necesidad de retirarse al campo para escribir esta continuación, que debia mirar con un cuidado semejante al buen éxito que habia obtenido la primera.

Buscó, pues, al rededor de París un punto que estuviera bastante lejos de la capital para evitar las visitas, y bastante cerca para venir á París cuando lo tuviera por conveniente.

San German le pareció que reunía estas dos cualidades.

Se repitió, pues, esta frase tradicional:

« Hay camino de hierro. En media hora vengo á París, y en otra media vuelvo á San German. »

Partió, pues, un miércoles del mes de mayo de 1844 en el convoy de las dos y treinta y cinco minutos.

A las tres y cuarto llegó á Pecq.

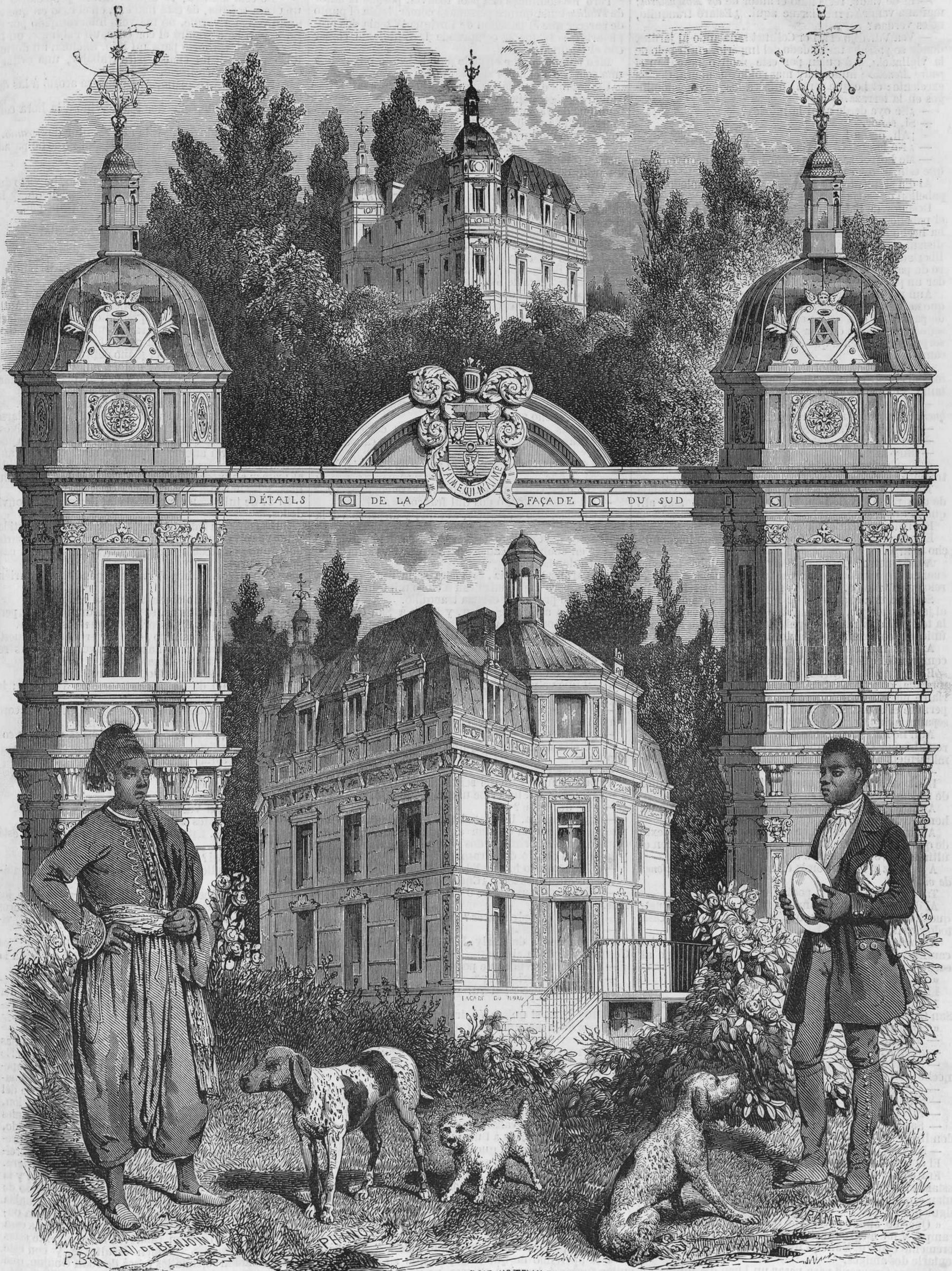
En Pecq tomó un coche y llegó á San German á las tres y media, lo cual sumaba una hora menos cinco minutos.

Fuó naturalmente al pabellón de Enrique IV, y preguntó al señor Collinet, propietario de la casa, si tenia un pabellón aislado para alquilar.

El señor Collinet le enseñó dos cuartos y un gabinete, cuya vista daba al Pecq, y se extendía hasta París.



El palacio de Monte-Cristo. — Posesion de M. Alejandro Dumas. — Pabellon de la Isla, parque y salon árabe.



El Palacio de Monte-Cristo. — Vista exterior de la posesion de M. Alejandro Dumas.

REST. L. H. OIR. HOTELIN. RECHERCHES

A. Dumas preguntó por el precio.
— Diez francos diarios, dijo el señor Collinet.
— Es de valde, respondió el autor de *los Mosqueteros*; mañana vendré á instalarme aquí. ¿Estaré tranquilo, no es verdad?

— Vea Vd., dijo el señor Collinet señalando al jardín, donde se paseaba un soldado del Imperio, encargado de la vigilancia, y á quien por este motivo llamaban *el padre Atención*; nunca hay mas ruido que ahora. Cocina excelente; el bosque cerca; música los juéves y domingos en la terraza.

— ¿Se oye desde aquí la música?
— Sí, señor.
— ¡Ah, diablo!
— ¿No le gusta á Vd. la música?
— Me horroriza. En fin, si no hay mas inconveniente que este, esto no vale nada. Hasta mañana.

Al día siguiente, A. Dumas se había instalado en el pabellon de Enrique IV.

Después de haber trabajado, después de haber visto el pabellon donde había nacido Luis XIV, y del cual se ha hecho un gabinete particular, A. Dumas, deseoso de disfrutar del aire de la campiña, de la soledad y de la libertad, salió del pabellon de Enrique IV, con sombrero de paja, pantalon con piés, chaqueta de cutí, y quiso dar un paseo por el parque ó la terraza.

Aun no había dado cincuenta pasos, cuando conoció que necesitaba volverse á casa. La terraza estaba llena de paseantes con frac negro y botas charoladas, con señoras cubiertas de seda y blondas, que miraban con sorpresa al inocente que creía que San German era la campiña.

— Dígame Vd., señor Collinet, preguntó el señor Dumas al entrar en casa, ¿hay todos los días en la terraza tanta gente como hoy?

— Sí, señor; ¡oh! San German es una ciudad muy buena; siempre está llena de gente rica.

— ¿Y no hay otro paseo?
— No señor.
— Muy bien.

Alejandro Dumas entró en su habitación, y se puso á trabajar.

Todavía tenía el autor de *los Mosqueteros* la ventaja de que no lo estorbaban, y en dos días hizo mas allí que lo que hubiera hecho en Paris en cuatro.

El cuarto día era domingo.
El autor de *Enrique III* no tiene domingo hace mucho tiempo.

A las cuatro, pues, A. Dumas trabajaba todavía, cuando le pareció que oía un ruido desusado. Miró el reloj y su trabajo, y se dió asueto hasta las seis.

Se puso una chaqueta, el sombrero de paja, y bajó al jardín, porque, gracias á la civilización avanzada de la terraza, el jardín del pabellon de Enrique IV era el único paseo permitido al autor de *Cristina*.

Apénas había echado una ojeada al jardín, cuando comprendió que debía volverse á casa.

El jardín estaba lleno de bebedores de cerveza y limonada, de jóvenes de ambos sexos que cantaban, corrían á pié y á caballo, y se entregaban á la jogletería que permite el domingo, y los diez y ocho kilómetros que separan á San German de Paris.

Aun no había aparecido A. Dumas, cuando preguntaron al señor Collinet quien era aquel caballero tan familiarmente vestido.

— Es el señor A. Dumas.
Desde este momento, ya no le fué permitido al autor de *Antony* ni aun abrir su ventana.

A las seis pidió su comida, la comida sencilla de un hombre que come solo.

A las ocho aun no estaba servido, bajo el pretexto de que era preciso servir á los que debían partir con el último convoy de las diez de la noche.

A las diez y media comía el autor de *las Impresiones de viaje*.

Tal estado de cosas no podía durar.
Al día siguiente, A. Dumas escribía al señor Maquet, que habitaba en Croissy, que iría á comer en su casa todos los domingos.

Al inmediato, pues, para no estar á las órdenes del camino de hierro, tomó un mal carruaje, y dijo al cochero:

« A Croissy. »
El coche partió.

A. Dumas comió muy bien, y volvió por la noche á San German.

« ¿Qué debo á Vd.? dijo al cochero.
— Treinta y dos francos, dijo el cochero.

— ¿Cómo treinta y dos francos?
— Sí, señor; desde las cuatro de la tarde hasta media noche, son ocho horas, á cuatro francos.

— ¿Cómo, la hora cuesta aquí cuatro francos?
— Sí, señor.

— En Paris solo cuesta dos, y en el campo yo creía....
— San German no es el campo, caballero, y hoy es domingo.

— Muy bien. »
El autor de *Gabriela de Belle Isle* pagó.

Entretanto se había sabido en Paris que A. Dumas estaba en San German, de modo que todos los días venían amigos á comer con él, y recibía cartas como la siguiente:

« Querido amigo; acabo de saber que está Vd. en el campo, y me alegro mucho, porque así podré hablar libremente con Vd. Mañana iré á comer con Vd. y á presentarle dos amigos.

« Irémos temprano para pasar un buen día juntos. »
Fácil es adivinar el efecto que produciría en quien se

había ido al campo para trabajar tranquilamente, el recibo diario de tal correspondencia.

Però los domingos era peor todavía, porque el autor de *Paulina* tenía quince personas á comer, hasta el punto de parecer que el pabellon de Enrique IV tenía dos propietarios. Solo que se comprende la ventaja de comer con el segundo.

Bien entendido que en todo aquel tiempo no escribía una sola línea el autor de *Veinte años despues*.

Un domingo por la mañana, salió de su cuarto, llevando consigo papel y plumas, subió á hurtadillas al ómnibus de Versalles, y llegó á la fonda de los Reservoirs, pidió un cuarto, dos costillas, una ensalada y una botella de Burdeos.

Aquel día, A. Dumas hizo veinte páginas, es decir, la cuarta parte de un volumen; por la tarde se paseó en el jardín de Luis XIV, y se acostó en la fonda de los Reservoirs.

Como este estado de cosas no podía durar, A. Dumas, satisfecho de su domingo, pensaba, al volver á pié á San German en la mañana siguiente, como podría evitar las cotidianas molestias.

El cielo estaba oscuro, el aire fresco, y A. Dumas marchaba como un cazador, aspirando por la vez primera la libertad del campo y de la soledad.

Ya estaba cerca de San German, y había pasado por delante de la casa de la princesa Belgiogoso, cuando vió una casita, que no tenía mas que el piso bajo, y á cuya puerta fumaba un hombre conversando al mismo tiempo con su mujer.

A. Dumas miró detenidamente la casa, y se acercó despues al propietario, que se levantó al verlo venir.

— ¿Caballero, le dijo, es de Vd. esta casa?
— No, señor, es la casa donde se pesan los carruajes, y yo la habito en calidad de pesador.

— ¡Ah! Muy bien, ¿me permite Vd. verla?
— Con mucho gusto.

A. Dumas entró y vió una cocina, un comedor que daba al camino, y un cuarto de dormir que caía al jardínito.

— ¿Es esto todo? preguntó el autor de *Caligula*.

— Sí, señor.
— ¿Y cuánto cuesta el edificar una casa como esta?
— Mil ochocientos, ó dos mil francos.

— Gracias, dijo A. Dumas, al salir, y dispense Vd. la molestia.

El autor del *Caballero de Harmental* se alejó volviendo de vez en cuando la cabeza para mirar la casita, que acababa de visitar.

— ¡Pardiez! se decía, esta casa sería muy pequeña para mí, pero con cuatro mil á cinco mil francos, tendría todo lo preciso, y estaría tranquilo.

A. Dumas aceleró el paso, y llegó á San German, donde el señor Collinet lo aguardaba con impaciencia.

El dueño del pabellon de Enrique IV se dirigió al autor de la *Torre de Nesle*, y le dijo, entregándole una docena de tarjetas:

— Estas son las tarjetas de las personas que vinieron ayer, y que volverán el próximo domingo.

— ¿Conoce Vd. un arquitecto en la ciudad?
— Sí, señor, el que ha construido las casas que forman el extremo de la calle, el señor Planté.

— ¿Dónde vive?
— En esta calle, en la esquina de la segunda á mano izquierda.

— Gracias.
A. Dumas fué á casa del señor Planté.

— ¿Querria Vd. hacerme una casa? le dijo.
— ¿De qué clase?

— Muy sencilla. Un piso bajo con un tejado. Este piso se compondría de una antesala, salon, cuarto de estudio, dos de dormir, y dos para vestirse; las cocinas y la bodega debajo de la casa.

— ¿Es esto todo lo que Vd. quiere?
— ¡Absolutamente todo. ¿Cuanto me costará esta casa?
— Cuatro mil quinientos ó cinco mil francos, todo lo mas.

— ¿Dónde se podrá hacer?
— Donde Vd. guste.

— En la ladera de Marly, lejos, si es posible de San German y de toda ciudad.

— Allí hay terrenos que podrá Vd. comprar baratos.

— ¿Podemos verlos hoy?
— Va á anocheecer; si Vd. gusta, yo iré mañana á buscar á Vd.

— Muy bien, si quiere Vd. ir al pabellon *Enrique IV*, á las diez de la mañana, pregunte Vd. por A. Dumas, y iremos á ver esos terrenos.

— ¡Cómo! ¿Vd. es el autor de *los Mosqueteros*, y de tantos libros buenos?

A. Dumas se inclinó.

— Bueno, pues, replicó el señor Planté; esté Vd. seguro de que le haré una tacita de plata.

— Como Vd. guste, y hasta mañana.

— Hasta mañana, caballero.

Si el lector conociera á Dumas, como el autor de estas líneas lo conoce, sabría que el autor del *Capitan Pablo* es un niño grande que necesita divertirse con una invención cualquiera.

Aquel día estaba tan alegre como un niño á quien ha prometido su madre un juguete para el día siguiente.

Apénas entró en su cuarto, tomó un pliego de papel, un lápiz y una regla, y se puso á trazar el plano de su casa.

De aquel plano resultó que el autor de *Isabel de Baviera* se aperció de que el día en que su hijo y un amigo fueran á dormir á su casa, no podría darles alojamiento.

Rompió, pues, el primer plano, y comenzó el segundo, que se halló al punto enriquecido con un piso primero.

— De esta manera, se dijo el futuro propietario de una casa soñada, de esta manera, en el caso en que alguno venga á verme, no me verá interrumpido por él. En el piso bajo pondré el comedor, un gabinete, un billar, y un dormitorio para mi hijo. Encima, un dormitorio para mí, un cuarto para trabajar, una salita y otro segundo dormitorio.

Arreglado así su plano, A. Dumas se acostó á las dos de la noche.

Al día siguiente, el señor Planté vino á la hora convenida.

— He cambiado de idea, le dijo el autor de *Ascanio*.

— ¿No quiere Vd. ya la casa, despues que he pasado toda la noche haciendo planos?

— Al contrario, la quiero mas grande.

— ¡Magnífico! porque pensando en ello, he visto que lo que Vd. queria ayer era demasiado pequeño, y he hecho el plano de una casa con un piso principal.

— Yo tambien.

— Pero naturalmente, el precio se aumentará.

— Es claro. ¿A cuanto subirá?
— Se necesitarán doce mil francos.

— No es para arruinarse. Vamos á ver el terreno. Se fué á ver los terrenos de Port-Marly.

Un sitio fronterizo del camino que conduce á Pecq parecía que reunía las condiciones deseadas, y el autor de *las Impresiones de viaje* preguntó por el propietario del terreno, que estaba á la sazón cultivando sus nabos.

En seguida fué comprada media fanega de tierra.

Por la noche ya estaba el plano definitivamente acordado. El señor Planté pedía quince mil francos por hacerla, y prometía entregarla con puertas y ventanas seis se manas despues.

Esto ocurría, como va dicho, en el mes de mayo.

Dumas, que se retiraba á aquella casita para aislarse, escribió al día siguiente á ocho ó diez de sus amigos:

— Acabo de comprar una casa en Port-Marly. ¿Quieren Vds. venir á almorzar conmigo el 27 de julio, aniversario de mi nacimiento? Aquel día se hará en ella el primer almuerzo. Pregunten Vds. por la casa de Dumas, y les darán á Vds. razon de ella. A las once.

El 27 de julio, á la hora señalada, llegaron los convidados.

Buscaron en la ladera de Port-Marly la casa prometida, y no vieron mas que manzanos y cerezos. Recordaron la segunda parte de la carta, y preguntaron por la casa de A. Dumas.

— Suban Vds., suban Vds., les respondieron, sonriéndose.

Subieron, pero no descubrieron casa ninguna.

— Ha sido una chanza, se digeron unos á otros, pero Dumas no es capaz de hacerlo. Busquemos la casa.

Prosiguiendo su camino, descubrieron en la cuesta un espacio cabado poco había, y algunas piedras recientemente sacadas de una cantera.

— Estará allí la casa, dijo Rousseau.

— Quizá, dijo de Courcy; llamemos á Dumas; la casa es sin duda subterránea.

— ¡Dumas! ¡Dumas! se pusieron á gritar en coro con la energía de estómagos hambrientos.

— Aquí está, respondió á sus espaldas la voz bien conocida del novelista.

— Ya no te soltamos, dijo Rousseau.

— ¿Dónde está el almuerzo?
— Van Vds. á verlo.

— ¿Y la casa?
— En ella están Vds.

— ¡Cómo! ¿Estos manzanos son tu casa?
— Justamente. Esta es la casa, solo que aun no está construida.

— ¿Porqué así?
— Voy á explicárselo á Vds.; pero entretanto sentémonos á la mesa.

En el mismo instante aparecía un carreton bajo los manzanos, escoltado por cuatro marmitones, blancos como la nieve, que traían melones, langostas, aves, vinos, y hasta mesas y sillas.

Todos tomaron asiento; los platos se llenaban; los convidados preguntaban porque no estaba hecha la casa, *intantique ora tenebant*.

— Señores, dijo A. Dumas, almuerzan Vds. en el sitio que ocupará el comedor, y dentro de tres años, día por día, quedan Vds. convidados á la misma hora á repetir el almuerzo en el verdadero comedor.

Véase ahora lo ocurrido.

Los campesinos, que habían oído decir que A. Dumas compraba sin mucho regateo, habían venido á ofrecerle terrenos vecinos de su primera compra. Había empezado por comprar media fanega, luego una, dos, cuatro, seis; y la casa tenía que seguir las proporciones del terreno, y conforme la propiedad ganaba en extension, era preciso que ganara tambien en altura. Manantiales habían sido descubiertos, una cantera se había hallado, economías ruinosas se habían presentado, y bajo el pretexto de tener piedras para hacerla cerca, se había creído que se podía hacer la pared tan larga como se quisiera.

Las fuentes habían sugerido la idea de una isla, y la isla la idea de otra cosa. Mansson, el pintor gracioso de todo lo arquitectónico, había sido consultado, y había hecho un delicioso modelo de una casita normanda ondeada como el encaje, cincelada como una joya. La casa principal, á quien hacían cada vez mas exigente estas agregaciones, queria tambien esculturas, y con este objeto se habían copiado los frisos de Juan Goujon, que existen en Ruan, y en el Louvre. Ambrosio Choiselet, cuyo pincel es tan fino y elegante, había consentido en

concurrir á la obra; Melingue habia ofrecido caprichos; Klagman dibujos; los planos se habian sucedido unos á otros, y la casa de cuatro mil frs., que no hubiera podido, por su pequeñez, cobijar verdaderos amigos, habia crecido á doce mil primero, luego hasta treinta mil, serenta mil, y por último, el día que se almorzaba en la yerba, la yerba sobre la cual se almorzaba, estaba á punto de recibir el edificio de ciento veinte ó ciento cincuenta mil frs. de valor.

En medio del almuerzo se acercó á la mesa un campesino pidiendo un vaso de agua, y se le dió un vaso de vino de Champaña.

— Gracias, caballero, dijo al autor de *un Casamiento en tiempo de Luis XIV.* Falta me hacia, porque me moría de sed.

— ¿Le cansa á Vd. el campo? le dijo A. Dumas.

— Sí, señor.

— ¿Es la viña que vemos á la derecha.

— Sí, señor.

— ¿Cuántas pérticas tiene?

— Sesenta.

— ¿A cómo la pértica?

— A veinticinco francos.

— Vaya Vd. á descansar; yo compro la viña.

— Corriente, dijo el campesino.

— Hecho, dijo el novelista tendiendo la mano al buen anciano, al cual se le hizo sentar y beber mas vino que el que debía dar su campo.

Cuando A. Dumas comienza una novela, cree generalmente que constará de seis ó siete volúmenes; pero luego se presentan los incidentes, los detalles crecen, y la novela llega á doce ó quince volúmenes. Así sucedió con la casa de Port-Marly, verdadera novela de piedra, concebida en un día de fastidio y ejecutada en tres años.

Esta casa era la distraccion perpetua de Dumas. Cuando concluía su trabajo, hacía las cuatro, se encontraba al autor de la *Reina Margot*, que iba con su bastón á versi su Sueño de Piedra habia crecido desde la vispera. El poeta entonces se hacia albañil, y ya aconsejaba un nuevo dibujo, ya indicaba una nueva calle de árboles, ó hacia dar un nuevo rodeo á las aguas. Cada vez gastaba en una hora lo que habia ganado durante el día, pero cada vez tambien entraba mas contento en la casa de la plaza de Médicis, que habia alquilado mientras se hacia la suya.

La casa crecia en este intervalo, pero no tenia nombre, y aguardaba un padrino.

Los amigos habian sido convocados para bautizarla.

— La villa de Artagnan, habia dicho uno.

— La villa de Palmieri, habia dicho otro.

— La villa Monti, habia dicho este.

— La casa de A. Dumas, habia dicho su hijo.

En fin, se estaba en una dolorosa incertidumbre, cuando la casualidad bautizó la dichosa casa.

Melingue y su señora vinieron á visitarla en el momento en que A. Dumas hacia el *Monte Cristo*, cuya boga todos conocen.

En Pecq tomaron un coche.

— ¿Dónde va Vd.? dijo el cochero.

— A Monte-Cristo, respondió Melingue.

El cochero fué derecho á Port-Marly.

Cuando Melingue volvió á la plaza de Médicis, refirió lo que acababa de suceder.

La casa fué bautizada, por unanimidad, Monte-Cristo.

De Paris iban á verla; las fábulas no faltaban; los habitantes desertaban de Trianon, Meudon y Saint-Cloud para venir á Monte-Cristo, y aunque se habia puesto un cartel que decia: *El público no puede entrar aquí*, el público entraba esperando hallar á A. Dumas en su casa, y el autor de *los Cuarenta y cinco* se veia obligado muchas veces á esconderse por no ser visto en un traje demasiado desaliñado.

Era preciso llevar todos los domingos á los amigos á ver á Monte-Cristo. Esto hacia perder un tiempo enorme. A. Dumas compró tres caballos y dos carruajes por economía. Entonces fué preciso pensar en hacer cuerdas y cocheras, y prever el caso en que los amigos vinieran con sus coches, en atencion á lo separada que está la casa del camino de hierro. Con este objeto se compró un nuevo terreno á la otra parte del camino que conduce á Monte-Cristo, y se hicieron cuerdas y cocheras para diez caballos y seis carruajes.

En este tiempo tuvo lugar el viaje en España. Todas las veces que el autor de *Paris á Cádiz* veia una tela hermosa, la compraba para Monte-Cristo; en Granada queria comprar todas las molduras de la Alhambra, en Córdoba los mosaicos de la Mezquita; lo que gastó en Argel para esta casa de cuatro mil francos en telas, armas y alfombras es inaudito; en Tunez pasó por delante de una barbería que tenia una puerta magnífica de madera, y quiso comprarla. El barbero se esforzaba en decirle que la puerta le hacia falta, pero el autor de *Angela* fingia no comprenderlo, y fué por último á preguntar al cónsul si habria medio de obligar al barbero de vender aquella puerta, con la cual queria enriquecer á Monte-Cristo.

El barbero conservó su puerta.

A. Dumas visitó la casa del bey y vió las esculturas arábigas que adornan la casa. Preguntó si habia en la ciudad escultores que pudieran hacer una habitación semejante, y se le dijo que habia uno. Pidió al hermano del bey de Tunez el permiso para traerse al escultor, porque el bey estaba á la sazón en Paris, y concedido, se aumentó la caravana con el escultor tunecino y su hijo.

Gracias á todo lo que ha inventado para su casa el

autor de *Cárlos VII*, la cita del 27 de julio de 1844 ha estado expuesta á ser diferida para el año próximo; pero A. Dumas ha sido tan fiel á esta cita, como lo fué Monte-Cristo á la que dió á Alberto de Morcerf.

Indudablemente, los convidados del 27 de julio de 1847 han encontrado la escena muy cambiada, y como todos no han podido, por desgracia, ser invitados á la fiesta trienal, darémos por via de indemnizacion la descripción de lo que pocos han visto.

A decir verdad, A. Dumas no contaba con habitar su palacio, como ahora se le llama; A. Dumas, decimos, no pensaba habitar su palacio este año, pero tenia en la plaza de Médicis un alquiler revocable el día en que fuera vendida la casa que él ocupaba, y como la casa fué vendida en el mes de junio, el autor de la *Hija del regente* se vió obligado á dejársela á su riguroso sucesor. Los obreros que daban la última mano á la obra, y que se tomaban algunas vacaciones, no habian tenido tiempo de concluir para el día de la mudanza, y los muebles del autor de *Sylvandira* colmaban el piso bajo como si fuera la trastienda de Mombro ó de Gansberg, de cuyos almacenes habian salido la mayor parte de ellos.

Ahora, el que por casualidad no haya visto este palacio, que vaya á verlo, porque su amable propietario no rehúsa á nadie la entrada, y verá una maravilla que han completado seis meses de trabajo.

La casa principal está en la cuesta de Port-Marly, y tiene vistas al camino, al Sena, á la terraza de San German por la izquierda, á Luciennes y Marly por la derecha.

Cada ventana tiene un marco de piedra vaciado en esculturas de Juan Gougon; un retrato-medallon de Dante, Corneille, Virgilio, Lamartine, Chateaubriand, Victor Hugo, etc., corona cada ventana, y está sostenido por dos unicornios fantásticos debidos al cincel de Choiselet.

La casa prolonga su terraza y su balcon por delante, como una hospitalidad que sale á recibir á sus huéspedes. Bajo el balcon del piso hay tres jaulas de piedra con pedruscos, flores y cascadas. Este es el palacio de las aves en medio de la terraza, la Andrómeda de mármol hecha por Choiselet, y que se ha hecho notable en la exposicion de este año, está allí.

Dos torrecillas acompañan y dominan la parte trasera de la casa. La una oculta la escalera; la otra contiene los cuartos de vestir; encima se hallan las campanas que van á sonar por la primera vez el 27 de julio á las once de la mañana.

En el interior, ocho ó diez cuartos para amigos, un taller de pintura, una habitacion completa con muebles de la época de Enrique II, ornamentacion de Manson, y tapicería hecha expresamente, cuyo dibujo ha dado Dieterlé.

En el primer piso, el salon árabe, encaje de piedra, copia de la Alhambra, maravilla que no tiene rival en Paris, y que terminan con una tranquilidad enteramente oriental, el padre y el hijo, el otro grave, con su barba blanca y su cabeza regular, el otro, risueño con sus dientes de marfil y sus ojos vivos.

No creo que A. Dumas tenga un amigo mejor que este anciano; pero tampoco este anciano no ha encontrado quizá mejor amigo que A. Dumas.

La pared que limita la propiedad del lado del camino está guarnecida con una hilera de álamos blancos, y una alfombra de césped que llega hasta la casa.

Por detrás, despues de haber cruzado un gracioso torrente que corre por entre rocas musgosas y flores, se llega á la Isla, cuya agua suministran los manantiales que atraviesan la propiedad.

Esta casa, con su torrecilla, su tejado de pizarras, su escultura de piedra, su escalera exterior y gótica es una alhaja tan maravillosa, que los detalles son indescriptibles.

Un cuarto en el piso bajo, un cuarto y un balcon en el piso principal, el único que hay, componen esta casa.

El interior tiene tableros pintados por Giraud y Boulanger; yedras y enredaderas mezclan sus flores naturales con las esculpidas, y sauces proyectan su sombra sobre el agua tranquila que surcan gravemente gansos blancos y dorados.

Un loro encarnado y azul habita en los árboles; un buitre vive como Diógenes en un tonel; tres monos se agitan eternamente en su palacio de alambre, y perros con nombres y formas diferentes recorren sin cesar y guardan el jardin.

Esta propiedad, imperfectamente descrita, compuesta de seis fanegas de tierra, cuesta ya doscientos cincuenta mil francos al autor de *Bálsamo*; lo cual es poca cosa, si se considera que esta es la única distraccion que ha tenido en tres años el obstinado trabajador.

Don Juan de Lauza.

JUSTICIA MAYOR DE ARAGON.

LEYENDA.

Al entrar su confesor

Él le dijo: — ¡Padre mio!

¿No os causa mi muerte horror?

¡Es un homicidio impio!

¡Asesinato infernal

Sin oirme me condena

El rey á la última pena

A la pena capital.....

Es Felipe harto severo;

Yo me porté cual debí:

Porque me mandaba el fuero

Resistir..... le resistí.

Si del rey en la balanza

Pesan poco mis razones,

El Dios del cielo, que alcanza

Hasta á juzgar intenciones,

Sabe que no he sido ingrato

A la majestad real,

Que un deber, no un desacato,

Es origen de mi mal. —

Quiso el religioso en vano

Suministrarle un consuelo,

Mostrándole soberano

Su porvenir en el cielo.

El infeliz no le oía,

Que abismado en su dolor,

De continuo repetía

« ¡Morir tan jóven, Señor! »

Una mano le cogió

El confesor, y le dijo:

« ¿Siempre habeis sido buen hijo,

Don Juan? ¿es verdad que no? »

Honra á tus padres Dios dice,

Y en esta tierra de engaños

Vivirás muy luengos años.

¿A vuestra madre infelice

Jamás habeis ofendido?

Decídmelo, ¿la larga vida

Al buen hijo prometida

Creeis haber merecido?

— ¡Callad, buen padre, callad!

El desdichado responde,

Y el rostro llorando esconde:

¡Silencio por caridad!

Duerman hoy mis pensamientos,

Dejadles en su letargo,

Y no vuelvan mas amargo

Mi fin los remordimientos.

En mi pecho como aceros

Hoy vuestras palabras entran,

Y en el alma se concentran

Mis pasados desafueros. —

Así, contrito el doncel

Recordaba las mil veces

Que á beber vasos de hiel

Dió á su madre hasta las heces.

Sus juegos, sus amoríos,

Sus desmanes recordaba,

Y á la muerte en sus desvíos

Como expiacion miraba.

Dióle esta idea denuedo;

Serenóse su semblante,

Y resignado y sin miedo

Aguardó el postrer instante.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

(Se continuará.)

El Bosphoro.

DIBUJOS DEL SEÑOR ADALBERT DE BEAUMONT.

Para el complemento del *Viaje por el Levante*, que

nuestros lectores habrán visto en los números precedentes, damos una vista general del Bósforo de Tracia,

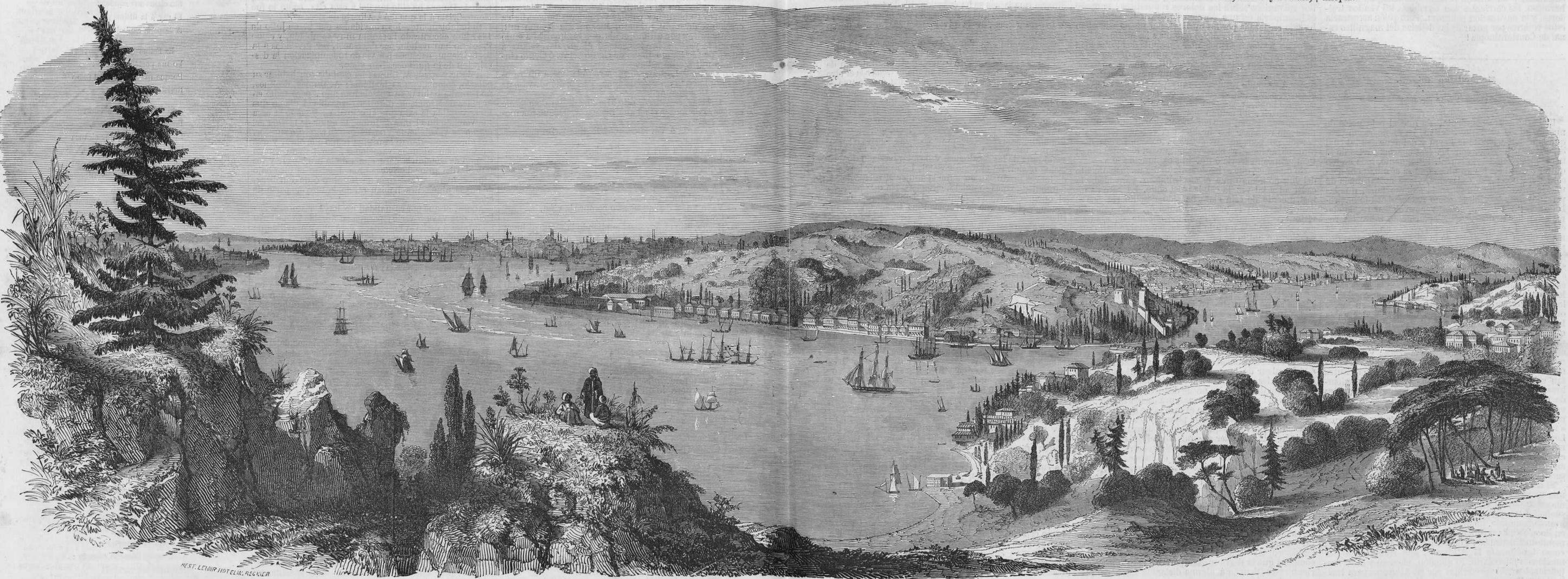
ó Canal de Constantinopla, que es el estrecho por el cual se comunica el mar de Mármara con el mar Negro.

Para comprender el plano de este canal, que serpentea como un río, que se estrecha y se ensancha alterna-

y Top-Khana con toda la costa de Europa, sus puertos, pueblecillos y kioscos; en frente, y al otro lado del es-

trecho, está Scutari y la orilla asiática. De este modo se abarca con una sola mirada Stambul, Galata y Scutari,

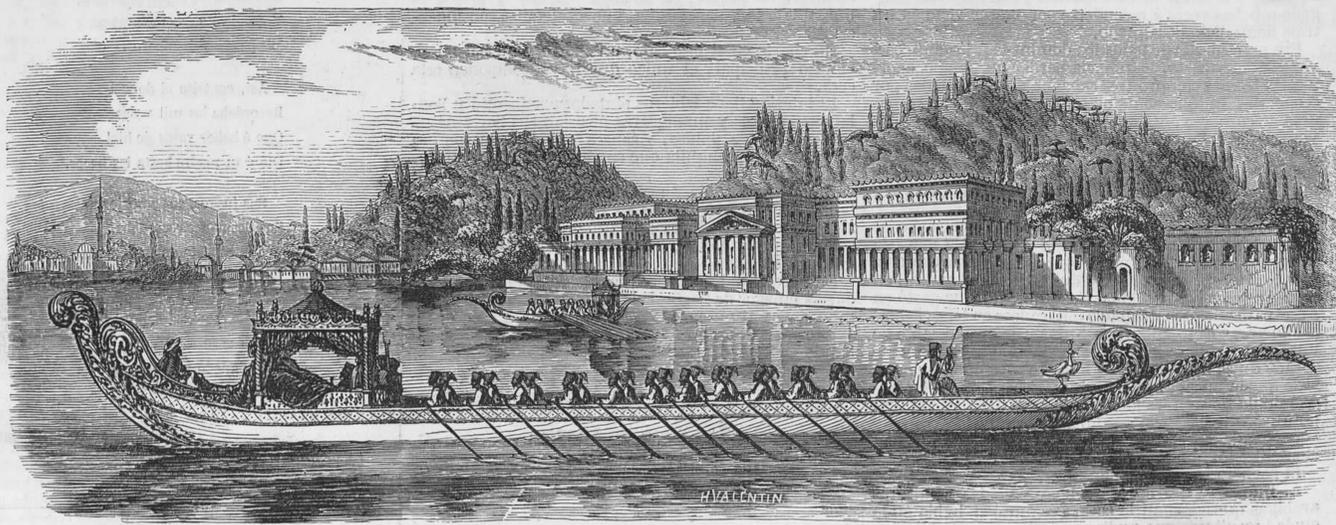
las tres ciudades que forman lo que se llama Constantinopla.



COSTA DE EUROPA. } Montañas del Olimpo. Cuerno de Oro. Stambul. Puerto de Constantinopla. Péra. Galata. Topkhana. Fundukli. Kourá-Tchesme. Orta-Keni. Beschik-Tasch (palacio del sultan. Arnaout-Keui. Bebek. Roumeli-Hissari. Fuertes de Europa. Stenech. Veni-Keni. Terapia. Kniuk-Son (Aguas-Dulces de Asia). Kanlidje. Unkiar-Iskelec. Anadolí-Hissar (fuerte de Asia). Sultaniye. Montaña del Gigante. } MAR NEGRO
COSTA DE ASIA. } Tchengel-Keni. Scutari. Vani-Keni. Beylerbey. Kandili. Kutchuk.

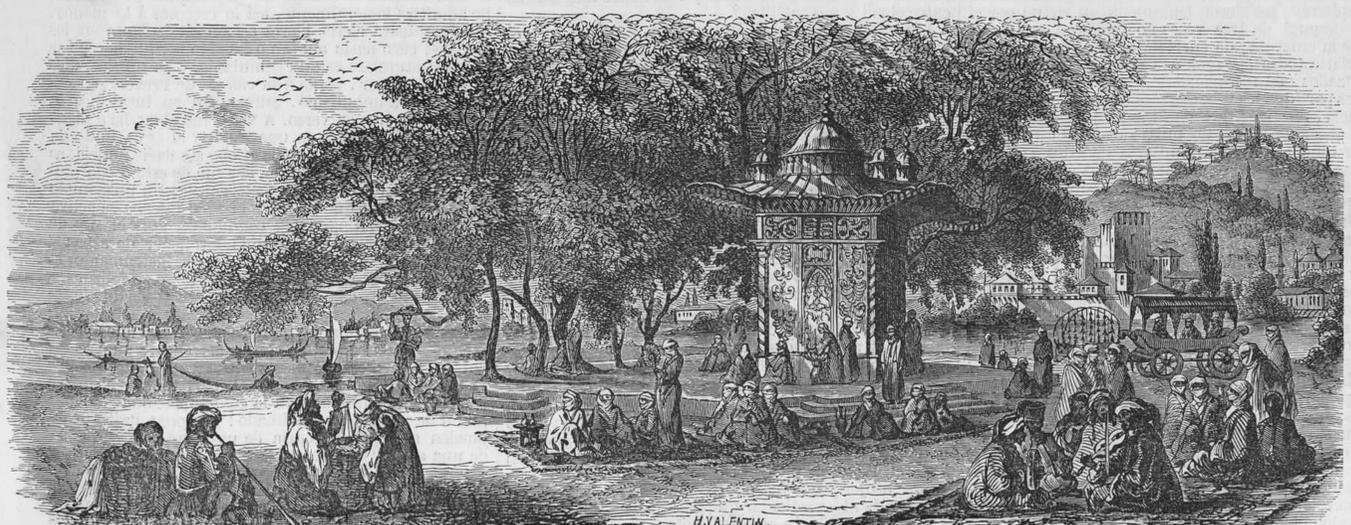
tivamente, es necesario subir á la cima de una de las altas colinas que le dominan, para seguir desde allí su curso con la vista. El punto que parece el mas céntrico, y el mas pintoresco á la vez, está en Asia, sobre las alturas de Kandilly, al pié de un kiosco del sultan, y desde él se ha tomado el magnífico panorama que re-

La parte derecha, tomada desde el mismo punto, pero mirando al mar Negro, indica todas las sinuosidades del canal, sus conchas y sus desfiladeros; el fuerte de Europa, en primera línea, mas allá Terapia y Bunk-deré, donde están las embajadas de Francia, Inglaterra, Austria y Rusia; en la otra orilla, por último, el fuerte



El Bósforo. — La barca del sultan.

presentan débilmente los grabados que acompañan estas noticias. La parte izquierda de este panorama, mirando á Constantinopla, deja ver en el fondo hasta los Dardanelos, el mar de Mármara, que se llama tambien Blanco, por oposicion al Negro; despues las montañas del Olimpo en Asia, la punta del Serai, y toda la ciudad de Stambul, con sus cúpulas y los elegantes alminares de sus mezquitas. Luego siguen los arrabales de Galata, Pera



El Bósforo. — Las Aguas Dulces de Asia.

y las aguas dulces del Asia, el valle de Subtanich y el de Unkiar-Iskelec, y la montaña del Gigante, detrás de la cual comienza el mar Negro. Nuestros lectores pueden formarse ahora una idea completa de ese canal que separa dos mundos, y une dos mares, y del agradable espectáculo que tienen la dicha de contemplar cuantos surcan las olas doradas del Bósforo en uno de los barcos llamados kaiks, y cuya estructura ligera, forma esbelta y prolongada, proa

afilada y poca cala, al mismo tiempo que constituye su elegancia, y su belleza, revelan que en aquel mar tan hermoso, las corrientes son terribles, los vientos traidores, y la navegacion peligrosa. Pero quién arrostraría estos peligros por gozar de las delicias del magnífico canal de Constantinopla!

Magnetismo animal.

(Véase el nº 12, pág. 186.)

El hecho correspondiente, de que el polo norte de nuestro globo es odilo-negativo, sirve de razon para que la distribucion de la tierra y del agua sea tal cual es, conviene á saber, con las tres cuartas partes de la tierra en el hemisferio boreal. Finalmente, toda accion química, incluso los cambios que se efectúan por descomposicion en los cadáveres, viene acompañada de una emision de luz é influencia odílicas tales, que las personas muy sensibles, como Reichenbach lo ha probado repetidas veces, pueden ver revolotear resplandores sobre las tumbas, y particularmente sobre las recientes. Así es como la ciencia con la antorcha en la mano disipa las tinieblas de la supersticion: estos resplandores cadavéricos existen, pero no son sobrenaturales; y los *videntes* no son mas que personas muy sensibles ó muy nerviosas.

Estos descubrimientos explican igualmente la influencia, hasta ahora misteriosa, que ejerce la luna sobre los dementes, la « ceguera nocturna » que ocasiona á los que duermen con la cabeza expuesta á su luz, y otros varios fenómenos curiosos del resplandor de la luna. Muestran tambien que el sentimiento de gozo que experimentamos en un dia de sol, no es simplemente el resultado de una asociacion de ideas, sino el efecto de una verdadera influencia física; y prueban, mas claramente que nunca, la necesidad *vital* del aire fresco. Paracelso afirmaba que el hombre no se nutre tan solo por su estómago, sino por todos sus miembros, que toman su alimento de los cuatro elementos de que están formados; y este es un hecho que la *vidente* de Prevost, de quien hablamos á todas horas, no podia existir sin una ventana abierta, y decia que « tomaba del aire un principio vivificante (el odilo). » Los experimentos de un sabio francés, durante la última visita que el cólera hizo á Paris, indican que las oscilaciones de esta terrible enfermedad, dependen del estado magnético de la atmósfera, y no dudamos que suceda otro tanto con la mayor parte de las epidemias.

El odilo puede ser acumulado, hasta cierto punto, en una sustancia; pero se disipa poco á poco. El agua magnetizada que puede emplearse para producir el sueño en las personas muy nerviosas, en el caso de grande insomnio, no presenta efecto alguno perceptible en las personas ordinarias que no hayan sido previamente magnetizadas. Los doctores Esdaille y Gregory, como igualmente M. Atkinson, han recurrido á este medio con buen éxito. El algodón, el cuero y otras sustancias, han sido preferidas por M. Atkinson para transmitir la influencia magnética. M. Atkinson refiere un hecho de esta naturaleza. Una señora á quien asistia para curarla de una palpitation dolorosa, tuvo precision de salir de Paris con su marido ántes de hallarse completamente restablecida. Ocurrióle á M. Atkinson la idea de enviarla á toda prisa unos guantes magnetizados, y el ensayo le salió á las mil maravillas. Los guantes, en cuanto se los ponía la señora, la hacian caer en un sueño magnético y la aliviaban de sus agudos dolores, ya que otra cosa no fuese posible.

Sin embargo, perdieron lentamente su virtud por el uso, y despues de tres veces no pudieron excitar el sueño de la enferma; de suerte que M. Atkinson tuvo que enviarla todas las semanas guantes recientemente magnetizados, en reemplazo de los otros que le eran devueltos para que los magnetizase de nuevo. « Esta circunstancia, dice M. Atkinson, me proporcionó la ocasion de observar un hecho muy raro. Noté que ántes de poder renovar la virtud sanitaria de estos guantes, tenia que destruir la influencia morbosa ó el contagio que habian adquirido por su contacto con la enferma. Yo sentí en mi mano, al ponerme los guantes ya usados, las mismas sensaciones ingratas que habia experimentado tocando á los enfermos, y á demas un verdadero dolor nevralgico. Estas sensaciones eran tan distintas y tan bien caracterizadas como la del calor que proviene del fuego... Pudiera suponerse que la influencia de los guantes sobre la enferma era únicamente un efecto de la imaginacion; pero hice la prueba enviándola algunas veces guantes no magnetizados, ó bien aquellos de que ya se habia servido sin hacerles nada: invariablemente resultó que los guantes no magnetizados no producian en ella efecto alguno; y los ya usados, cuya influencia magnética no habia sido renovada, la producian sensaciones desagradables. »

« En cuanto á la accion de los imanes, de los cristales y de los metales, dice el doctor Gregory, hay muchos y frecuentes casos en que el dolor se alivia por el contacto con estos cuerpos. Conozco á una señora acometida de violentas jaquecas, que se siente aliviada tan pronto como toma y conserva en la mano un gran cristal de espato-flúor, que la hace caer ordinariamente en el sueño magnético. El efecto es tan marcado, que cuando le acomete la jaqueca, sus hijos la obligan á hacer uso del cristal. Pero, conforme con las observaciones de Reichenbach, tiene que invertir la posicion

de los polos del cristal, cuando lo pasa de una mano á la otra. La accion de los imanes y aun la de los anillos galvánicos sobre los dolores reumáticos, tampoco es imaginaria en una porcion de casos. Generalmente ha sido rechazada por los médicos, porque no acertaban á explicarla: y se ha dicho que pues los anillos galvánicos no podian producir una corriente de electricidad galvánica, su efecto debia de ser nulo. Pero esto no es una razon. No solamente los anillos de dos metales, sino los anillos ú otras masas de un mismo metal, producen á menudo resultados muy perceptibles, alivian el dolor, ocasionan el sueño, etc., como pudieran hacerlo los imanes; y segun los principios expuestos por Reichenbach, no actúan por la electricidad ni por el ferro-magnetismo, sino por su fuerza odílica. En lugar, pues, de rechazar los hechos con razones teóricas ó porque no podemos explicarlos, debemos mas bien multiplicar nuestras observaciones para exponer con el tiempo nuestra teoria ó nuestras explicaciones. »

No dudamos que se invente algun dia un instrumento del mismo género que el electrómetro, para medir la cantidad y tal vez la calidad del odilo. La base de un instrumento de esta clase ha sido descubierta por el doctor Mayo en la primavera anterior. Este sabio ha visto que teniendo en la mano encima de algunas monedas de plata un hilo de seda, del cual se halle suspendido un anillo de oro, resulta una serie de oscilaciones que prueban de una manera evidente la influencia de los metales sobre el principio odílico del cuerpo humano. Para formar el *odómetro* (tal es el nombre que ha dado á este aparato) se puede reemplazar el anillo de oro con un pedazo de goma laca, de azufre, de carbon vegetal, etc., si bien es el oro mas eficaz. El odómetro no obra sino en las manos de ciertas personas, y muy rara vez en la de las mujeres. Si lo suspendemos de la articulacion mas próxima á la uña del índice de la mano derecha ó del pulgar de la mano izquierda, las oscilaciones sobre el oro ó la plata se efectuarán aproximándose y alejándose de nuestro cuerpo, pero si el hilo está suspendido del índice de la mano izquierda ó del pulgar de la derecha, los movimientos serán transversales, es decir, formando ángulos rectos con la precedente direccion. Se puede deducir, no solo que los costados del cuerpo, como asegura Reichenbach, son polares el uno con respecto al otro, sino que existe una polaridad semejante entre el pulgar y los demás dedos de cada mano. Así es que cuando el odómetro se cuelga del índice, es menester separar bien el pulgar, en atencion á que posee el odilo de calidad contraria; y si el pulgar se pone en contacto con el índice, las oscilaciones del odómetro cambiarán de direccion. Las partes del cuerpo humano sobre las cuales hemos observado que este instrumento funcionaba con mas energia, son el cerebro y la médula espinal; y esto prueba que el odilo domina en los orígenes del sistema nervioso. Otro descubrimiento no ménos interesante del doctor Mayo, es que sobre la superficie de todo disco magnético, dos corrientes magnéticas se hallan constantemente en juego, indicando la existencia de polos primarios y secundarios, tales como los que presentan los cristales, y como los que la tierra misma parece tener; y estas corrientes se extienden á alguna distancia fuera del perimetro. Pero lo mas extraordinario es que á cierta distancia todo al rededor del disco, existe una zona de reposo en la cual no se percibe ni un soplo de movimiento; mas allá de esta zona se encuentra un sistema de corrientes encontradas y bastante activas, que se agitan en una direccion enteramente contraria á las que reinan en la superficie del disco. ¿No podrá este último descubrimiento arrojar alguna luz sobre la naturaleza de las fuerzas planetarias, cuando se hayan reconocido recíprocas acciones y reacciones magnéticas entre el sol y sus satélites?

Los experimentos del doctor Mayo prueban que el oro, la plata, el zinc, el vidrio pulimentado, los álcalis, la punta de un huevo, la raiz de una yerba de jardín recientemente arrancada, la extremidad de una naranja ó de una manzana las mas distantes del tronco, y el costado derecho del cuerpo, corresponden, en cuanto á la influencia odílica, con el polo norte de un iman, ó de otro modo, son odilo-negativos; mientras que el cobre, el vidrio deslustrado, los ácidos, el extremo ancho de un huevo, las hojas de una yerba silvestre, la extremidad de una naranja ó de una manzana las mas próximas al tronco, y el costado izquierdo del cuerpo, son odilo-positivos. Con el auxilio de este instrumento se obtendrá, sin duda, otra multitud de hechos curiosos; pero no debe usarse sino con infinitas precauciones, porque de otro modo se conseguirán resultados erróneos é indicaciones imaginarias.

La ciencia debe procurar la perfeccion de este instrumento, y no es dudoso que lo conseguirá hasta cierto punto; pero estamos convencidos de que el mejor *odómetro* (preferimos este nombre) será siempre una persona á propósito en el estado del sueño magnético. Se tiene la prueba hace veinte años en la famosa *vidente* de Prevost, caso atestiguado por sujetos como Eschenmayer, Schubert, Gorres y los sabios de Alemania en general. He aquí, en pocas palabras, la historia de esta pobre mujer, que desde su infancia manifestó ese temperamento particular que constituye el sonámbulo natural. Despues de años de padecimientos corporales muy activos, agravados por un tratamiento poco prudente, fué conducida en noviembre de 1826 á Weinsberg para ser confiada al cuidado del doctor Kerner. En aquella época estaba mas muerta que viva: no se alimentaba mas que con caldos, de los cuales se le suministraba una cucharada cada tres ó cuatro minutos;

muchas veces se podia tragarlo, pero se sentia mala si no se lo daban. Es la sonámbula natural mas extraordinaria que jamás se ha conocido. El doctor Kerner en los experimentos que hizo con ella por lo que respecta á los minerales, nada olvidó para asegurarse de su exactitud.

Con este fin, se ataban los minerales con un bramante de cinco yardas de largo (algo mas de siete varas), que era conducido de un aposento á otro á fin de que la sonámbula cogiese con su mano *izquierda* el otro extremo. Las sensaciones que asignaba á cada uno de los minerales, eran precisamente las mismas que cuando los tenia en la mano. El agua en que un mineral hubiese estado sumergido durante algun tiempo, producía el mismo efecto, aunque en un grado mas pronunciado, que el mineral mismo colocado en su mano. El gabinete de mineralogía de M. Tilot, cónsul en Heilbronn, fué puesto á disposicion del doctor: M. Tilot tomó nota de los resultados, y de ellos ha dado una relacion oficial. En el reino vegetal, las ramas y las hojas de laurel producian en aquella mujer el estado de sonambulismo mas completo, circunstancia que recuerda el oráculo de Apolo, á quien el laurel estaba consagrado, y el uso que de él hacian las sibilas en los santuarios.

Dejarémos estos hechos á la meditacion de los filósofos, que pretenden que todos nuestros conocimientos provienen de los cinco sentidos. En su estado ordinario, la *vidente* de Prevost no era mas accesible que cualquiera otra persona á estas sensaciones; pero en su *vida del sueño* se hacia sensible á las propiedades de las sustancias mas duras é impenetrables, y la descripcion que de ellas hacia, correspondia la mayor parte de las veces con el carácter asignado á cada una desde la antigüedad mas remota. Es, pues, probable, que el primer sistema grosero de ciencia natural haya sido revelado por *videntes* y visionarios, y que por la fe de su palabra se hayan atribuido á los vegetales y minerales propiedades benéficas ó dañosas. En todos tiempos se ha sabido que las piedras poseen virtudes secretas. Orfeo dice que la tierra producía el bien y el mal, pero para cada mal un remedio; tambien celebra las virtudes siempre nuevas é indestructibles de las piedras, que él clasifica, por esta razon, con preferencia á los frutos y á las yerbas. Aristóteles, Dioscórides, Galeno, Avicenna, Alberto el Grande, y sobre todo Plinio, han escrito sobre sus maravillosas propiedades. Teofrasto dice que llevando ciertas piedras consigo se libraba de las fiebres, y que los magos preparaban piedras para curar ó evitar ciertas enfermedades; por efecto de la creencia general de sus resultados magnéticos, los diamantes y otras piedras preciosas eran tan buscados para adornos personales. Estas propiedades, como se ha visto, no eran meras ficciones de la antigüedad, y estas creencias tenían por base los fenómenos observados de la naturaleza externa. « Los antiguos, dice con este motivo un escritor, eran mejores observadores que nosotros; y en el ramo especial de las sensaciones, su campo era mas vasto, porque estos defectos sobre el espíritu de los nervios eran entonces mas frecuentes. La especie humana era muy sensible en su infancia á estas influencias mágicas (¿ó magnéticas?) en comparacion de nuestros cuerpos oxidados y carbonizados, y sobre todo de nuestras inteligencias materializadas. En la actualidad solo en Oriente, donde los hombres se acercan mas á la naturaleza, se atribuyen aun semejantes virtudes á las piedras. »

« El fluido magnético, dice Mesmer, se comunica, propaga y aumenta por el *sonido*; y las dudas que hasta ahora se han ofrecido en este punto solo demuestran que los modernos partidarios del magnetismo no se han tomado el trabajo de profundizar la cuestion. Se admitirá generalmente, así lo creemos á lo ménos, que la música ejerce cierta accion estimulante en los nervios; pero hasta ahora no ha sido posible hacer ver de qué naturaleza es tal estimulante. « La música, dice el doctor Kerner, ponía á la *vidente* de Prevost en estado de sonambulismo, aumentaba su lucidez y la hacia explicarse en verso. A veces me obligaba á magnetizar á los sonidos de una trompa el agua que ella bebia; y cuando yo lo habia hecho sin darle noticia, se ponía á cantar así que bebia el agua de este modo preparada (1). El profeta Eliseo nos suministra un ejemplo que muestra de qué manera la vida interna se activa por la música. Cuando le condujeron ante el rey de Israel pidió que hiciesen venir un tañedor de arpa; y luego que este pulsó las cuerdas de su instrumento, la mano del Señor vino sobre Eliseo y Eliseo profetizó. »

De que modo afectan el hombre las cosas que le rodean, es verdaderamente asombroso. Sin hablar de simpatías y antipatías, no fundadas en razon, que experimentamos con respecto á ciertas personas, y que resultan de la armonía ó discordancia entre nuestras influencias magnéticas, ¿cuántas veces hallamos ejemplos palpitanes de antipatía en la contemplacion de un animal ó de un objeto inanimado! Personas hay que no pueden sufrir la presencia de un perro, de un raton, de una araña, de un sapo; otras que conocen la aproximacion de un animal negro, aunque se haya tenido cuidado de ocultarlo á su vista.

Un estado detenido de estos fenómenos nos permitirá bien pronto descubrir las leyes que los rigen. Efectos semejantes parecen ser igualmente producidos en los animales inferiores: las hojas del fresno blanco, por

(1) « Una vez, dice M. Atkinson, insuflé con mi aliento un ensueño en un guante magnetizado que envié á una señora: el ensueño se efectuó. »

ejemplo, hacen retroceder á la culebra de cascabel y le producen convulsiones. Añadirémos, fundándonos en la autoridad del *Magasin du Jardinier irlandais*, y como otro de los hechos que desconciertan nuestra escuela actual de ciencia física, que « si una planta languidece y muere en la apariencia, se conseguirá que reviva en nueve casos contra diez, poniendo cerca de ella un pié de manzanilla. » La verdad es que todos los grandes cuerpos del universo se encuentran rodeados de una atmósfera de influencia, en medio de la cual ejercen y sufren influencias recíprocas.

Todo concurre, pues, á demostrar, que la virtud magnética llena en diversos grados el universo entero. Esta influencia es, en efecto, universal (cósmica), como el pobre Mesmer, tan escarnecido, lo afirmó hace mucho tiempo. Extiéndese por el espacio y llega á nosotros desde los astros. Es un lazo extraño que existe entre el nombre y el globo en que habita, y por medio del cual es afectado sin saberlo por la materia inanimada que existe encima, debajo y al rededor de él. La tierra, la luna, los planetas exhalan durante la noche una influencia odilopositiva y soporífera. El espíritu se retira del cerebro, asiento de la inteligencia, donde en el estado de vigilia recibe y compara las impresiones del mundo material; pasa al *plexo solar*, polo opuesto al sistema nervioso y asiento del instinto, donde se entrega á los sueños, y entra en comercio mas íntimo con el mundo espiritual. Es verdad que los sueños son con frecuencia producidos por la acción cerebral; pero el sueño puro, viene del instinto solamente. Con la mañana torna la vivificante luz del sol, que hace recuperar al espíritu su puesto normal y nos devuelve otra vez al mundo de la inteligencia y á la batalla de la vida. El día y la noche no son únicamente la luz y las tinieblas: son tambien dos poderes rivales; la antigua fábula de Oromazes y Arimanes; la vida y la muerte (1); muerte física, consistente en el relajamiento de los vínculos que unen el espíritu y el cuerpo, en la introducción del alma en los terribles misterios del mundo espiritual. Preguntad á los médicos porqué en un gran número de enfermedades sobreviene á media noche la crisis fatal; porqué las criaturas mas impresionables, el niño que entra en la adolescencia, la niña que pasa á ser mujer, el tierno infante y su madre, todo lo que interesa por la edad y la hermosura, mueren casi siempre ántes de amanecer. « ¡A media noche, dice Job, es la hora en que los hombres mueren! » El hecho era, pues, conocido hace tres mil años; y no se ha cesado de observarlo desde entónces, sin pensar en adquirir la causa. El que velando á la cabecera de un enfermo á la media noche haya visto exaltarse el pulso, los desfallecidos miembros comenzar á temblar y la fiebre aumentar visiblemente; el que en esta hora solemne haya visto al paciente volver de su aletargamiento por el primer contacto de la muerte, su respiración penosa, sus mejillas ardientes, sus ojos brillando con un resplandor febril, tornando su mirada con inquietud á todos los que lo rodean, como para implorar su socorro; el que haya visto una vez este espectáculo, repetimos, no lo olvidará jamás; y aunque lo haya visto con frecuencia, centenares de veces, ¿será posible que no sienta el deseo de alcanzar esta causa desconocida? Los odilistas han revelado ya el misterio y explicado el fenómeno.

Separándose en este punto de las ideas de M. Jackson, nosotros vamos mas lejos. Existe en la region abdominal del cuerpo humano una redecilla muy notable de muchos filetes de nervios, el *plexo solar*, conocido tambien bajo el nombre de *cerebro abdominal* (*cerebrum abdominale*). En efecto, porción de circunstancias parecen probar que existe una relacion recíproca, una polaridad entre el cerebro abdominal y el que tiene su asiento en la cabeza, de igual modo que el que existe, como lo ha comprobado Reichenbach, una polaridad entre los dos *costados* del cuerpo humano. Creemos que es posible demostrar, no solo que existe esta polaridad cerebral, sino tambien que el cerebro es el polo positivo y el *plexo solar* el negativo: que el primero es la ciudadela de la inteligencia y de la vida diurna, y el otro la del instinto y del sueño. Las pasas de arriba abajo tienen por efecto expulsar de la cabeza el fluido magnético ú odílico, y concentrarlo en el *plexo solar*; en otros términos, adormecen la inteligencia y despiertan el instinto; hacen pasar un sugeto de la vida ordinaria del día á la vida nocturna de los ensueños; le ponen, en fin, en un estado de sonambulismo. Así es que estas mismas pasas determinan la rigidez en el brazo á la pierna de una persona impresionable, arrojando sobre los músculos extensores una corriente de fuerza nerviosa; miéntras que las pasas de abajo arriba, originan un reflujó de esta fuerza nerviosa, restableciendo el estado normal.

Teniendo por objeto toda operacion producir el sopor magnético, dos cosas son de desear: — en cuanto al paciente, una disposicion de espíritu pasiva y de buena voluntad, ya que la fe en el magnetismo no sea del todo

indispensable (esta pasividad, sin embargo, es poco importante con respecto á los sugetos impresionables); y de parte del operador, una fuerte concentracion mental. Para obtener esta doble condicion, es menester un silencio absoluto; pero una vez conseguida, es probable que con perseverancia un magnetizador sano y vigoroso logrará ejercer su accion sobre toda especie de personas; no obstante, se ha visto á algunas, que mas tarde llegaron á ser impresionables, no afectarse sino con mucho trabajo y despues de numerosos ensayos. Cada operacion disminuye sucesivamente la dificultad, hasta que por fin se logra excitar el sueño en un minuto con una pasa rápida, con una mirada, y aun por la voluntad tácita del operador. Se ha observado frecuentemente que los sugetos conducidos lenta y gradualmente á un alto grado de sensibilidad, son despues los mejores magnetizandos; citáanse casos en que un sueño producido á costa de muchísimas operaciones, ha llegado á ser muy profundo y á presentar los mas curiosos fenómenos. Tambien es de notar que ciertos operadores obtienen mejor éxito que otros en la consecucion de ciertos fenómenos magnéticos, lo cual se explica tal vez por las diferencias características que existen entre el *odilo* de personas diversas.

El primer sintoma que revela en el paciente la influencia magnética, es una ligera dilatacion de los párpados, que comienzan á bajarse, y cuando no se hayan cerrado, la vista por lo ménos se torna generalmente encubierta y oscurecida. Luego experimenta somnolencia, seguida, al cabo de algun tiempo, de una privacion súbita del sentido. Por lo comun, el paciente no tiene, al despertar, la menor idea de la época en que se quedó dormido, ni del tiempo que duró su sueño. Despierta algo repentinamente, exhalando un profundo suspiro, y diciendo que ha echado un buen sueño. Pero este sueño, que no ha dejado vestigio alguno en el espíritu, no ha sido simplemente un estado de estupor é insensibilidad. No ha sido tal, sino con referencia á las condiciones normales del estado de vigilia; pero el paciente puede haberse hallado en actividad durante este tiempo, pensando, observando y hablando. Cuando el estado de catalepsia es tan completo, que el paciente puede satisfacer con facilidad y sin despertarse á las preguntas que se le dirijan, se observa casi siempre un cambio notable en sus facciones, en sus maneras y en su voz. Puede muy bien tener al aletargarse el aspecto pesado de una persona abrumada de fatiga ó que ha estado embriagada; pero cuando se le habla, se anima por lo general, y aunque sus ojos permanezcan cerrados, su expresion sale llena de inteligencia. El conjunto de sus maneras toma una distincion que no le es habitual cuando está despierto. Es, en realidad, un individuo diferente, ó á lo ménos el mismo individuo en una fase distinta y superior de su existencia.

Unas veces el magnetizado oye con una finura de percepcion llevada á un grado que parece maravilloso; otras, no oye mas que la voz del operador ó de los que este pone en relacion con él; y con frecuencia, en lo mas profundo de su letargo, solo se puede comunicar con él hablando á su epigastrio ó á la extremidad de sus dedos. Tampoco es raro que una completa insensibilidad de los sonidos mas fuertes tenga lugar en el sueño magnético; y creemos que esta sordera puede ser producida en todo caso por la voluntad del operador. En muchas ocasiones el paciente se torna asimismo insensible al dolor y á las impresiones del tacto; y esta insensibilidad, cuando no sea natural, puede tambien ser ocasionada en la mayor parte de los casos por la voluntad del magnetizador. En algunos magnetizados pueden hallar su justificacion las doctrinas fundamentales de la frenología: si se coloca un dedo sobre un punto cualquiera de la cabeza, sin una palabra de sugestion, aun sin saber qué órgano se toca, se obtendrá inmediatamente una manifestacion de la emociion asignada á aquella parte del cerebro por Gal y Spurzheim, — manifestacion excitada sin duda alguna por la corriente odílica que el dedo del operador emite al órgano particular. Se ha notado además que las personas sometidas á la influencia del sueño magnético, son afectadas por la música mas vivamente que en el estado ordinario; y aun parece que una dulce melodía facilita muchas veces el adormecimiento de los que se magnetizan por primera vez. Esta observacion está de acuerdo con la asercion tan ridiculizada de Mesmer, que la música desarrolla ó pone en movimiento el fluido odílico, y con un hecho bastante conocido, que siempre ha formado parte de las escenas de los mágicos.

Hemos advertido igualmente que personas sumidas en un sueño profundo, que evidentemente no percibian los sonidos mas fuertes, é incapaces de movimiento alguno, como no fuese bajo la excitacion freno-magnética, se han levantado por sí mismas de su asiento al escuchar algunas notas armónicas, y han bailado con bastante soltura, sobre todo cuando se les estimulaba con los acordes de una polka ó de un wals; y MM. Darcy y Jackson, que son autoridad en la materia, aseguran, fundados en su experiencia personal, que siempre acontece lo mismo.

No hay progresion determinada é invariable en el desarrollo de los fenómenos magnéticos. Ciertas fases se presentan mas fácilmente en unos casos que en otros, y aun en diferente época de una misma persona, y algunos magnetizados pasan casi instantáneamente al estado de lucidez. Así no tenemos la presuncion de seguir un órden rigorosamente cronológico, al mencionar como fenómeno subsiguiente una especie de atraccion que el magnetizado siente hácia el operador, y que

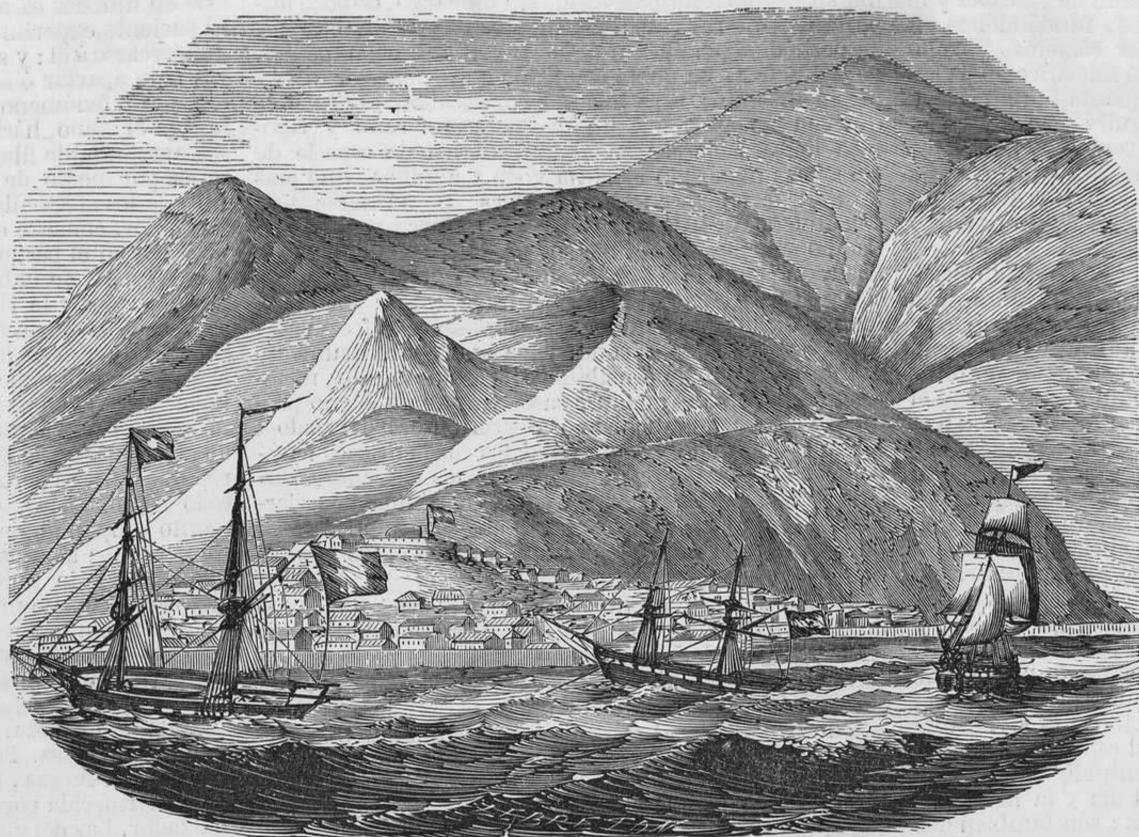
este en muchos casos puede inspirar por su voluntad. El paciente experimenta entónces un deseo irresistible de acercarse á él; y si se le estorba, hará grandes esfuerzos para apartar ó salvar el obstáculo. No puede explicarse este fenómeno sino diciendo que es atraído, se ignora el cómo, hácia el magnetizador. Algunos hablan sin embargo, de filamentos delgados casi siempre luminosos por medio de los cuales se verifica la atraccion. Otro de los efectos de este imperio ejercido por el magnetizador, consiste en que puede por su simple voluntad producir en el paciente la impotencia de mover el brazo ó la pierna, de hablar, de levantarse ó sentarse; que puede producir la rigidez cataleptica parcial ó general, y hacerla desaparecer; en una palabra, que dispone completamente de los « músculos de la voluntad » de la persona sobre que actúa. Este dominio se manifiesta mejor todavia en el poder de hacer que el magnetizado imite en el momento y con la mayor precision cada uno de sus gestos y de sus inflexiones de voz. El dormido repite así frases pertenecientes á idiomas que le son del todo desconocidos, con rapidez extrema y aun con el acento propio. Si ríe el magnetizador, el magnetizado ríe al punto; si aquel ejecuta algun gesto, por grotesco que sea, este lo imita fielmente; y todo esto con los ojos cerrados, y aunque el operador se coloque detrás de él. No solamente los movimientos físicos, sino tambien los sentimientos y las facultades del durmiente, pueden ser puestas en juego por el magnetizador; por manera que los fenómenos que ántes habia producido tocando á la cabeza, puede conseguirlos despues por su voluntad expresa. Por consecuencia la simpatía se manifiesta con fuerza, y se conoce claramente que la persona adormecida percibe todas las sensaciones del magnetizador. Las del gusto, del olfato, del tacto, abandonan su propio cuerpo, para ir á alojarse en la persona del operador; ó mas bien, el fluido nervioso de este ha hecho mudar de sitio al del magnetizado, y lo ha convertido en un espejo ó duplicado de sí mismo. Un paso mas, y llegamos al fenómeno extraordinario, llamado *lectura de los pensamientos ó discernimiento simpático*, que consiste en la facultad que adquiere el sugeto adormecido de seguir todas las operaciones intelectuales que tienen lugar en el espíritu de los que se ponen en relacion con él. Así es que puede describir lo que ocupe el pensamiento de cada uno, bien sea un amigo ausente, un paisaje, una habitacion, etc., porque ve estas imágenes á medida que atraviesan por la mente de los que practican el experimento. Va mas lejos aun, y no solo ve los pensamientos presentes, sino tambien los anteriores, de la persona que se encuentra en comunicacion con él; y dividiendo su memoria, lee, por decirlo así, en el cerebro las impresiones que han dejado los acontecimientos pasados. Ve hasta las cosas que el experimentador supo en otro tiempo, pero que ha llegado á olvidar; y sucede tambien que este contradice al durmiente, y el durmiente persiste en sostener que se equivoca, hasta que al fin, tomando nuevas informaciones, reconoce que tiene razon y concluye por referir el hecho que se habia escapado á su memoria.

Antes que la *lectura de los pensamientos* se manifieste, se presentan regularmente otros dos fenómenos dignos de mencion. El primero es que la persona adormecida, teniendo cerrados los ojos, suele hablar de algunos objetos como si los estuviese viendo, cuando su atencion se fija en ellos. Pónensele sobre la frente, sobre la cabeza, en el occipucio ó en el epigastrio, ó bien los tiene en su mano, y hace la descripcion que acaso le fuera imposible hacer si se le pusiesen delante de sus ojos cerrados. Notoriamente hace un esfuerzo para aplicar á examinarlos su vision interior ó cerebral, y muchas veces logra su objeto; pero otras muchas experimenta una gran dificultad, sobre todo en las primeras fases del sueño. Desde luego, este es el primer indicio de lucidez, el cual solo se revela en todo su esplendor cuando el sueño magnético ha llegado á su mayor grado. En segundo lugar, el operador puede fijar un tiempo cualquiera, largo ó corto; y si el paciente promete dormir durante este tiempo, lo hará sin discrepar un segundo. Pero, que el momento de despertar haya sido fijado ó no por el magnetizador, es lo cierto que el magnetizado puede decir en un gran número de casos, si se lo preguntan, el tiempo que ha de dormir; y si por intervalos diferentes se le reproduce la pregunta, indicará siempre exactamente el tiempo que le falta para despertar. A menudo sucede que en los principios del adormecimiento, responde á una porción de preguntas sobre el medio mejor de magnetizarlo, bien sea con pasas ó de otro modo; sobre las facultades que mas adelante poseerá, sobre el momento en que las adquirirá ó en que presentará ciertos fenómenos. Y este es el primer indicio de la *prevision*, que mas tarde le permite predecir estos acontecimientos que por lo regular se hallan todavia asaz distantes en el porvenir.

La mayor parte del tiempo, el sugeto dormido tiene una vida distinta en su sueño, y posee lo que se llama *conciencia* doble ó dividida. Despierto, no conserva recuerdo alguno de lo que le ha pasado en su sueño; dormido, relata cuanto le ha pasado en sus sueños anteriores, pero no tiene recuerdo de su existencia ordinaria; de suerte que tendrá que aprender como un niño las cosas que le son de todo punto familiares en su estado habitual, por ejemplo, el leer, el escribir, etc. Esto no es, sin embargo, un resultado inevitable; porque muchas veces, durante el sueño magnético, llega á hablar con bastante exactitud de las cosas que ha conocido en su vida ordinaria. De la misma manera, si durante el estado magnético, el operador le ordena hablar sobre lo que le sucederá cuando haya desper-

(1) Acaso no sea innecesario dar aquí algunas explicaciones. El sistema vegetal, comprensivo de la asimilacion y el crecimiento, es mas activo durante la noche bajo la influencia de la tierra, que de día, bajo la influencia del sol. En el sistema animal, el movimiento de la sangre se acelera; la piel se pone mas caliente, mas roja, mas inflamada, y la calentura se aumenta por lo comun. Pero la grande accion de la muerte es la separacion del alma y del cuerpo; y por la noche bajo la influencia de la tierra, el lazo que las une se encuentra debilitado. La actividad del sistema sensitivo se disminuye, las impresiones externas desaparecen poco á poco casi enteramente; y cesan todos los movimientos voluntarios. Esta es la crisis que se reproduce cada noche, — la muerte en la vida.

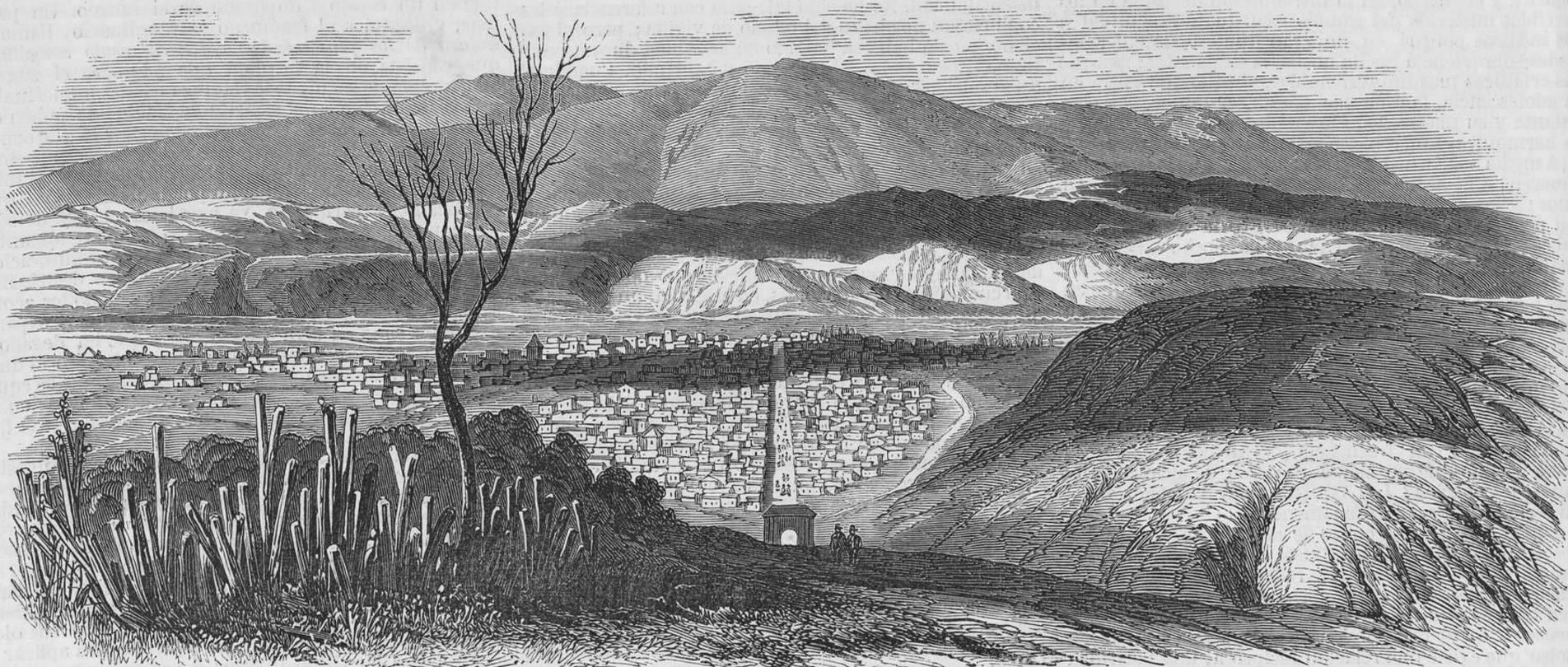
tado, lo hará así casi siempre; y si promete hacer alguna cosa á tal ó cual hora, no podrá ménos de hacerla, por extravagante que sea. Es evidente que esta facultad puede ser útilmente aplicada. « He visto recientemente, dice el doctor Gregory, un individuo á quien M. Lewis habia hecho prometer durante el sueño, que se abstendria de bebidas fermentadas: no solo cumplia fielmente su promesa despues de tres ó cuatro meses, sino que ni aun mostraba el menor deseo de infringirla. Ignoro si él sabia que hubiese hecho esta promesa, pero esto no es esencial. El deseo quedó extinguido, y el sugeto no debió conservar recuerdo alguno de su promesa, puesto que no habló de ella jamás. M. Lewis manifiesta que de este modo ha curado á muchas personas del vicio de beber y de otros malos hábitos. Yo he adquirido, por experiencia propia, la conviccion de que una promesa obtenida durante el sueño magnético es mas eficaz que otra obtenida en el estado ordinario. »



La Guayra.

Excursion en Venezuela.

He aquí la descripción que hace M. Adolfo Pigéard, en una carta dirigida á un periódico, de su excursion en esta parte de la América del Sud: « Habiendo salido de la Martinica el 14 de julio de 1851, llegamos despues de una corta travesía á la villa de Carrupano, donde debiamos detenernos uno ó dos dias considerando la importancia política, porque bajo este concepto la villa de Carrupano no es de las que tienen mayor significacion en la Costa-Firme. Compónese de una sola calle formada por casas de buena apariencia pertenecientes á unas cuantas familias de las mas ricas del país. La poblacion en su mayor parte es una mezcla de indios y españoles, y su comercio de poca importancia. Despues de un descanso de veinticuatro horas dejamos esta poblacion, donde el sol nos abrasaba, y pronto perdimos de vista la tierra que por esta parte está erizada de rocas áridas y desnudas. Al dia siguiente por la mañana descubrimos las



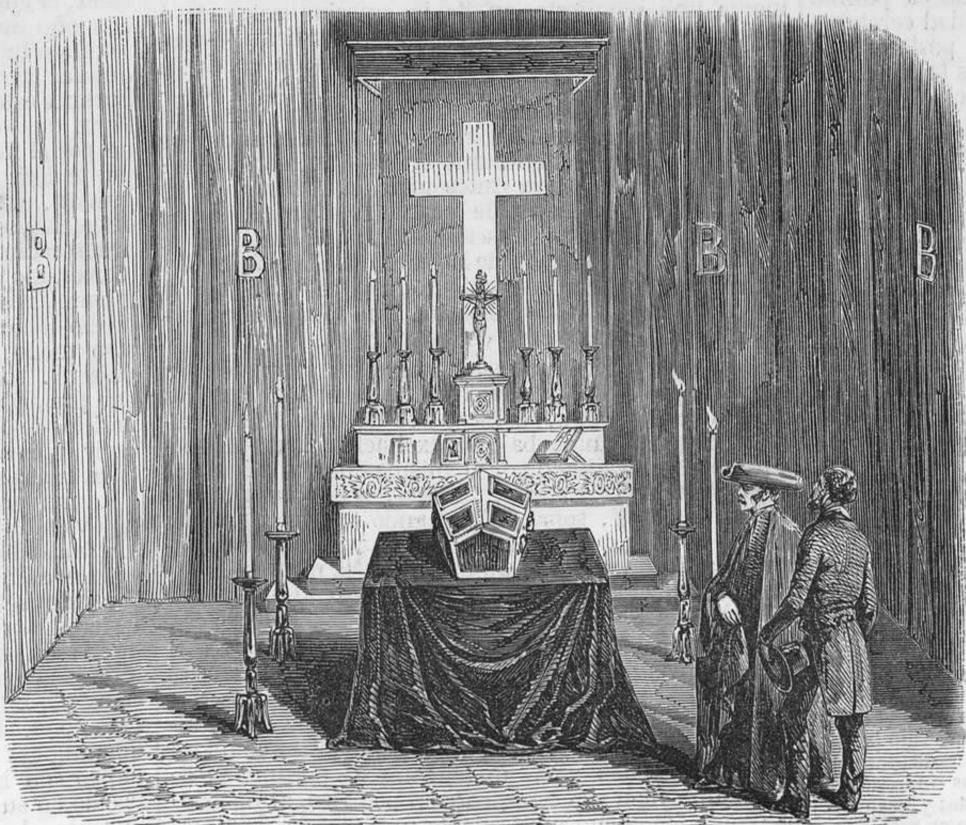
Caracas, capital del Venezuela.

alturas que dominan la Guayra, primera plaza fuerte de Venezuela, y objeto principal de nuestro viaje. Pronto la rada se ofreció á nuestra vista poblada de buques mercantes balanceados á lo léjos por un movimiento de mal augurio para echar el ancla, cosa que verificamos á medio dia cerca de la ciudad y en medio de esos buques que van de todas partes del mundo á cargar el cacao tan estimado de los aficionados al chocolate, sobre todo cuando es verdaderamente de Caracas, capital de Venezuela. Antes de pasar adelante diré dos palabras sobre los motivos de nuestro viaje.

La República de Venezuela acababa de perder su presidente, el señor Monagas, por haber espirado el plazo de cuatro años de su poder, y se trataba de elegir un nuevo jefe. Nada debia erse este cambio legal de personas; pero como en casos semejantes pudiera por cualquier causa imprevista alterarse la tranquilidad, M. Loéwe-Weimar, cónsul general cerca de Venezuela, habia juzgado oportuno enviar un buque de guerra á la Guayra hasta la instalacion del nuevo presidente, para lo cual fué mandado el *Olivier* desde la Martinica. Habiendo llegado la vispera de la eleccion, supimos que como era de esperar, todo caminaba en buen orden, siendo ya conocido el nombre del que debia ob-

tener los sufragios, y que era justamente un hermano del que dejaba el poder. Al dia siguiente por la mañana, el cañon de la Guayra nos anunció que el general don Gregorio Monagas acababa de ser llamado á ocupar la silla de la presidencia, y todo esto sin la menor muestra de agitacion. Nuestra mision por lo tanto habia concluido; ya solo debiamos pensar en divertirnos, y sobre todo en visitar á Caracas, patria del célebre Bolívar, donde M. Loéwe-Weimar nos invitó á pasar algunos dias.

Dos caminos hay de la Guayra á la capital de la república, el uno muy antiguo, que es un sendero que atraviesa la montaña y que debe andarse en mula; el otro mas moderno y mas ancho rodea la misma montaña, pero puede andarse en carruaje. Dos de nuestros compañeros optaron por este vehículo, y los demás creimos que era mas divertido viajar en mula, tanto mas cuanto que nos habian ponderado la parte pintoresca, asegurándonos que cuando estuviésemos en lo mas elevado de la montaña nos veriamos recompensados de todas las incomodidades por la vista del valle de Caracas que es uno de los mas hermosos del mundo segun los viajeros. Salimos temprano á fin de libertarnos del calor, y apenas nos habiamos puesto en camino, empezamos á trepar por en-



La capilla ardiente de Bolívar en Caracas.

tre rocas escarpadas donde solo las mulas saben andar sin tropiezo. Pero en cambio ¡qué bien compensadas fueron nuestras molestias á la vista de las maravillas que la naturaleza desplegaba á nuestros ojos! Por un lado, precipicios sin fondo tapizados de deliciosos bosques donde la vista humana busca inútilmente un punto que no esté engalanado con la mas rica vegetacion. A cada momento veiamos venir bandadas de loros silvestres que se detenian charlando sin asustarse de nuestra presencia en aquellas soledades. Entonces sentimos no haber llevado una escopeta siquiera para conservar el plumaje de algunas de aquellas aves. Por otro lado veiamos montañas elevadissimas donde la vegetacion cambia de aspecto á medida que uno va subiendo, distinguiéndose entre ellas algunas casitas blancas muy lindas que se destacan como perlas en un fondo de esmeraldas. De pronto, en una vuelta del camino vimos el gran mar como complemento á este magnifico panorama, y pudimos distinguir nuestro buque deslizándose entre otros muchos que cruzaban en todas direcciones. En fin, llegamos á la mayor altura, y el soberbio espectáculo del valle de Caracas desarrollándose á nuestros ojos vino á coronar nuestras esperanzas. Detuvimos un instante para admirar este bello paisaje y tambien para dar descanso á las caballerías, despues de lo cual empezamos la bajada que ofrece algunas dificultades por lo escarpado del terreno en algunos parajes, y llegamos por fin á la ciudad donde llamamos la atencion sin duda por nuestra calidad de extranjeros, pues hasta que entramos en la posada oimos varias veces decir: *son franceses*.

Al cabo de algunos instantes de descauso, nuestro primer cuidado fué ir á hacer una visita al cónsul general de Francia que nos habia invitado á ir á la ciudad. M. Loëwe-Weimar, encargado de negocios en Venezuela nos recibió con el mayor agrado, poniendo á nuestra disposicion su casa y su mesa, facilitándonos además el medio de ver las curiosidades de la poblacion y sus alrededores. Por último dicho M. Weimar nos prometió presentarnos al vice-presidente de la República, señor de Guzman, que estaba encargado de gobernar en ausencia de don Gregorio Monagas.

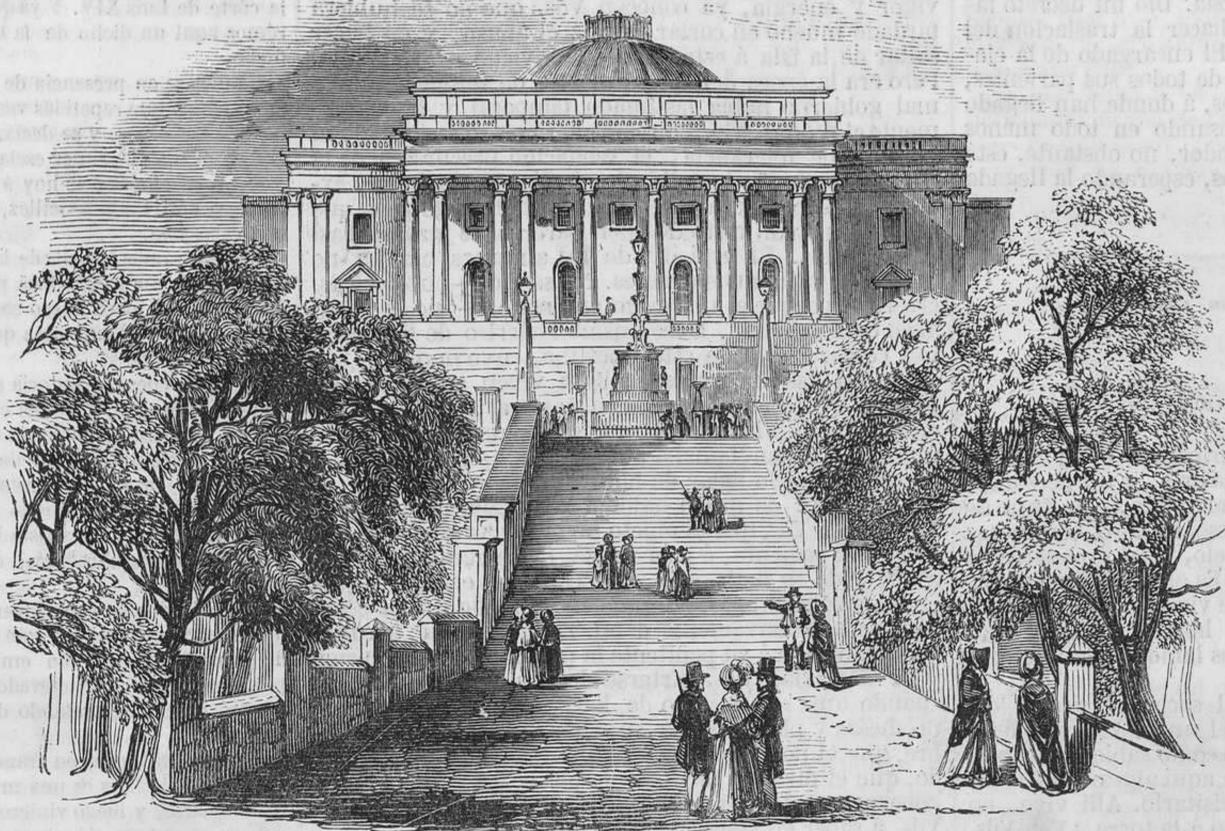
Caracas, antigua capitania general, y patria de Simon Bolivar que dió el grito de independencia en 1810, es una ciudad considerable que no bajará de 45,000 habitantes. Está muy bien situada y posee bonitas calles, siendo su aspecto sobre poco mas ó menos el de una ciudad española. Desgraciadamente algunos de sus bellos monumentos arruinados por un temblor de tierra en 1812 no han sido enteramente rehabilitados. Sin embargo pudimos todavia admirar algunos de ellos, tales como el arzobispado y la catedral que entre otras curiosidades ofrece la tumba del padre de Bolivar.

Al dia siguiente se verificó nuestra presentacion al jefe del gobierno, siendo acompañados por el cónsul hasta el palacio en que hallamos á dicho señor de Guzman con sus ministros. Concluida la ceremonia oficial, el señor vice-presidente nos hizo tomar asiento, manifestando mucho interés en favor de nuestra patria, y diciéndonos que sentia la ausencia del presidente, que así como él estaba animado de los mejores deseos por la

prosperidad de la Francia. Visitamos despues el palacio del gobierno, y hasta tuvimos la satisfaccion de asistir á una sesion de la cámara de los diputados.

de la manera mas hospitalaria, haciéndonos sentir el vernos tan pronto privados de este país tan envidiable por sus costumbres como por su riqueza. Llegó la hora de la marcha, y despues de visitar Porto-Cabello volvimos encantados de nuestro viaje á la Martinica.

A. P.



El capitolio en Washington.

Recorrimos otro dia la campiña hermosa, aunque poco poblada de Caracas, y los aficionados á la caza cogieron muchas aves del país. Empezabamos pues á tomar gusto á la poblacion de Caracas, pero por des-

lo que desea, que la menor dilacion en servirle puede costarle á un hombre la cabeza. En efecto, cuatro de sus secretarios íntimos han perecido ya bajo la cuchilla del verdugo, uno por haberse atrevido á hacer una observacion á un proyecto de ley sobre la extincion de las moscas, otro porque, hallándose atacado de la gota, tardó cinco minutos mas de lo justo en ejecutar uno de sus mandatos, otro porque era un poco sordo y no entendió al momento lo que el Emperador le decia, y no sabemos en que pecó el cuarto; solo nos han dicho que murió mas inocente que los tres primeros.

Ultimamente tenia un secretario que, como suele decirse, le habia entrado por el ojo derecho. Este hombre adivinaba sus pensamientos, se adelantaba á sus deseos, y llegó á ser considerado como el Richelieu del Celeste Imperio; pero tuvo un dia la mala tentacion de decir que el palacio de Pequín no era el edificio mas hermoso del mundo, y....

— ¡Desgraciado! dijo el Emperador, ¿dónde hay una maravilla como esta? Cítame un monumento que pueda comparársela.

El pobre secretario conoció que estaba perdido, y creyendo que no ganaba nada con retractarse, contestó sin vacilar:

— El capitolio de Washington.

— Pues bien, dijo el Emperador: quiero que me hagas construir un edificio igual á ese capitolio, y tiembla por tu vida si no está concluido de aqui á quince dias.

— Está bien, señor, respondió el secretario, aunque conocia la imposibilidad de cumplir lo que se le mandaba.

— Pero que sea idéntico, añadió el Emperador; que no tenga una piedra mas ni una piedra menos, pues de lo contrario os haré enterrar vivos á tí y á todos tus parientes.

— Está bien, señor, volvió á decir el secretario, retirándose humildemente.

Empezó este pobre hombre á pensar, no como haria la obra, sino como evitaria la catástrofe que le amenazaba, y entre otros medios se le ocurrió hacer un diseño del capitolio de Washington, y presentarlo á la aprobacion del Emperador. Cogió, pues, este dicho pla-



El emperador de la China.

gracia terminó el plazo de nuestra licencia, y fué necesario volver á la Martinica.

M. Loëwe-Weimar para acabar de darnos una idea del país, nos hizo pasar la última noche de tertulia en casa de una gran familia de origen español, que nos recibió

no y lo encontró admirable, de modo que el favorito se atrevió á decirle :

— Señor, dicha envidiable será el ver en Pequín un edificio como ese; pero creo que sería mayor si trasladásemos aquí el mismo capitolio de Washington.

El Emperador quedó mas enamorado de esta idea que del plano que tenía á la vista. Dió un decreto facultando á su secretario para hacer la traslación del mencionado edificio á la China. El encargado de la ejecución se embarcó, en compañía de todos sus parientes, con dirección á los Estados Unidos, á donde han llegado felizmente y viven alegres pensando en todo ménos en volver á su patria. El Emperador, no obstante, está sin soltar el plano de las manos, esperando la llegada del capitolio de Washington.

La venganza de los difuntos.

NOVELA.

(Véase no 10, pág. 150.)

Mientras examinaban con curiosidad estas interesantes maravillas, abrióse una puerta, y un personaje de elevada estatura, un poco encorvado, con traje de beneditino se adelantó, á través del coro con pasos lentos, los ojos clavados en el suelo, y fué á ponerse de rodillas en las gradas del altar. « Es el canónigo Sulzer, dijo en voz baja el sacristán, que viene todos los días á hacer su oración á esta misma hora. » Vengan Vds., añadió, poniéndose un dedo en los labios; y los sacó por otra puerta de la iglesia.

Naturalmente preguntaron al sacristán acerca del canónigo Sulzer, y este hizo de él un elogio completo. « El canónigo, dijo, es tan bueno como sabio, y es bastante decir! Si permanecen Vds. aquí algunos días, les aconsejo á Vds. que vayan á visitarlo. Allí vive, en aquella casa blanca que está junto á la torre. ¿ Ven Vds. desde aquí el patio á través de la puerta abierta? pues aquellas son las escuelas que dirige él mismo. Esas escuelas hicieron en otro tiempo célebre á Reichenau en todo el mundo, y esas escuelas subsisten todavía, pero no salen de ellas como ántes, papas, cardenales y obispos. ¡ Ah! ahora solo reciben muchachos desgraciados, destinados á manejar el arado. ¡ Sin embargo, Dios puede, si quiere, sacar de entre esos niños príncipes para gobernar la Iglesia! Reichenau no está enteramente apagado, y aun puede hacerlo brillar de nuevo en el mundo. ¡ Tal vez esto no es mas que un momento de prueba; tal vez en medio de los rústicos discípulos del canónigo Sulzer, se oculta el que deba poner fin á tan terrible situación! ¡ El cielo ha querido demasiado á Reichenau, para que pueda yo creer que lo ha abandonado á perpetua desgracia!... ¡ Perdonen Vds.; no puedo prescindir de pensar de esta manera, no sé renunciar á estas ilusiones, que calificarán Vds. quizá de chocheos, de locuras! Esto consiste en que á fuerza de vivir con el canónigo, he adquirido sus sentimientos de ternura por este infortunio tan profundo y desconocido.

El canónigo Sulzer ha vivido sesenta años en la abadía. Entró muy niño en ella, porque los padres tenían cuidado de atraerse los muchachos que prometían y anunciaban facultades brillantes, y piadosas inclinaciones. Se les mantenía é instruía, y cuando llegaba la época de profesar, estos jóvenes se encontraban perfectamente preparados para la vida monástica, ya ricos de ciencia, y capaces de honrar por largos años la órden.

El posee la historia completa y los recuerdos de la abadía desde su origen, y toda su felicidad consiste en referirlos. En su casa verán Vds. una multitud de cosas curiosas, entre otras, una colección notable de pinturas, representando todos los prodigios que han ocurrido en Reichenau, comenzando por la visión del monje Wetlin, hasta la espantosa aparición de que fué testigo el mismo canónigo. »

Como Leonor y Cristóbal manifestaran vivos deseos de oír esta historia, sentáronse al sol, en frente de la maltratada torre, teniendo á la vista la parte mas amena de la isla, — que se perdía en las aguas plateadas del lago, — y el sacristán volvió á tomar la palabra en estos términos :

AVENTURA DEL CANÓNIGO SULZER.

« En aquel tiempo, el canónigo Sulzer era simple novicio, abate con su primera sotana, creo yo, que con diez y siete años de edad, porque él no me ha contado jamás este hecho. No quiere oír hablar de él, y habiendo ensayado algunas personas, con largos intervalos, el hacer algunas alusiones en su presencia, casi siempre ha estado á punto de ponerse malo, tanta es la impresión que despues del trascurso de mas de cuarenta años le hace todavía el recuerdo de aquella terrible historia.

En la época á que me refiero, habia en la isla un hombre de costumbres irreligiosas y aun desenfrenadas. Este tal era un rico paisano de Constance, que habia venido á establecerse aquí con el objeto de darse una buena vida, consumiendo su riqueza. Aunque no estaba casado, siempre tenia mujeres en casa, y daba banquetes como si fueran de boda. Por último, en nuestro reducido país, donde la vida ha estado siempre tan bien arreglada, era un escándalo para todos, y para muchos la piedra de toque, porque el contagio de su

libertinaje comenzaba á propagarse. Bastante buen hombre, por otra parte, y muy caritativo, á lo que se dice; ¡ pero aunque esto sea mucho, no es todo!

En los reinados de nuestros grandes y sabios abades, tales como el abad Hatton, el abad Waldo, ó Federico de Wartenberg, cuando la disciplina estaba en todo su vigor y energía, ya conocen Vds. que no se hubiera tardado mucho en cortar de raíz el abuso, y en hacer saltar de la isla á este intruso, enviado del demonio. Pero era la época del abad Federico de Rosenegg, cuyo mal gobierno habia lastimado temporal y espiritualmente el monasterio. La relajación mas funesta, bajo el nombre de tolerancia, la relajación precursora de la decadencia habia invadido la abadía. Las prácticas exteriores se conservaban con dificultad, y lo poco que subsistía por un resto de buen parecer, se juzgaba casi insostenible. El espíritu de los antiguos monjes no animaba ya á sus sucesores. No se vió, — pueden Vds. creerme, porque es un hecho auténtico, — ¡ no se vió al abad de Reichenau, á ese mismo Federico de Rosenegg ir á comer á casa de este libertino, cuyo nombre, por desgracia, se ha perdido! Aun viven ancianos que podrán atestiguar que vieron pasar al abad montado en su caballito blanco, cuando se dirigía á casa de este réprobo, á quien llamaba públicamente su amigo. ¡ Así, no podía el cielo dejar de hacer un escarmiento!

El hombre de quien hablo á Vds. tenia un confesor. Ya conocen Vds. que el objeto no era mas que el de cubrir el expediente, ó peor quizá, el de aumentar el escándalo de su mala vida. Este confesor era un monje de nuestro convento, honrado en el fondo de su corazón, pero excesivamente débil. Es verdad que algunas veces señalaba á su penitente la profundidad del abismo y la necesidad de apartarse de él por la penitencia, cuando aun era tiempo de hacerlo, pero el otro, con promesas y plazos, sabia enganar tan bien á su hombre, que el pobre monje concluía por ceder, de tal modo, que el director fué vencido por aquel á quien debia gobernar, y de juez se convirtió en cómplice suyo. Van Vds. á saber las consecuencias de esta conducta.

Una noche, á eso de la una, se siente movimiento, y llaman á nuestra puerta con gran estrépito. El portero se levanta con sorpresa. « ¡ Pronto! ¡ pronto! ¡ el señor tal se muere! Un ataque de un mal súbito y desconocido le quita la vida, y pide su confesor, el padre Domingo; y mientras se viste Sulzer, que era una especie de *fámulo* suyo, va corriendo á la sacristía á buscar el viático y los santos óleos. Pero observen Vds. que los guardó consigo, no con intención, sino casualmente, ó por un designio secreto de la Providencia.

El padre domingo solo cogió su breviario debajo del brazo, y el baston en la mano. Pusieronse solos en camino, porque ya los criados se habian vuelto á casa, sabiendo que el padre Domingo no necesitaba de guía para hallarla. Era en el plenilunio de otoño; la noche era hermosa, y la luna alumbraba claramente, viéndose la campiña como si fuera de día. Seguian el uno junto al otro un camino guarnecido por ambos lados de una valla vegetal. Cuando digo que iban solos, no cuento con un perro, criado por Sulzer, que los acompañaba, y que se puso repentinamente á ladrar. Despues de intentar inútilmente hacerlo callar, dejaron que continuara ladrando. Unos treinta pasos mas adelante, el perro se calló por sí solo, y se agazapó en un matorral. « ¡ Peste de animal! ¡ dijo el padre Domingo con impaciencia, nos va á retrasar, dejarlo! » Al concluir estas palabras, vieron ante ellos, plantada en medio del camino la figura del que juzgaban agonizando en su lecho. « ¿ Dónde van Vds.? Les preguntó él con voz grave. Nos han venido á decir que estabais en vuestros últimos momentos. Yo iba á confesarlo á Vd., y á darle la extremaunción. — ¡ No vayan Vds. mas allá! ¡ Ya estoy muerto! ¡ La justicia de Dios me ha sorprendido impenitente, y estoy condenado! Condenado por haber diferido mi conversión, condenado por vuestra culpable debilidad y cobarde indulgencia. Vd. es el autor de mi desgracia, Vd. me ha precipitado en una eternidad de padecimientos, justo es que participe Vd. de ella. ¡ Venga Vd. pues! » Al decir esto, el muerto extendió el brazo y tocó el hombro del padre Domingo. ¡ Al mismo tiempo, sin ruido, sin sacudimiento, desaparecieron los dos, como una columna de humo que se desvanece en la atmósfera!.....

Sulzer se volvió á la abadía, y enfermó á causa del terror que habia experimentado. Tres meses estuvo malo, y se temió que sucumbiera. Se curó, no obstante, pero desde aquel tiempo, nadie lo ha visto reirse.

¿ Y saben Vds. ahora el sitio dónde se verificó este milagro? El mismo en que estamos sentados. Vuelvan Vds. la vista; héla aquí, sobre nuestra cabeza, la cruz levantada para perpetua memoria. Esta cruz se llama ¡ la cruz del condenado! »

(Se continuará.)

Revista de la Moda.

SUMARIO. — Los bailes de piñata. — Las ligas del conde ***. — Vuelven á entronizarse los calzones de ante. — Los topes franceses vendidos por los topes ingleses. — Las levitas justo-medio. — Los pantalones quieren parecer calzones ajustados. — El oro y la plata intentan deslizarse en las telas de trajes de paño. — Cómo se llevan los sobretodos de primavera. — Esperemos que llegue Longchamps para decir mas sobre el asunto. — Descripción del figurín en que se ven tres trajes de hombres, y uno de niño.

Los bailes de piñata han venido á interrumpir los ayunos y austeridad de la cuaresma. El decreto imperial sobre abstinencia

de diversiones se habia respetado hasta tal punto, que Paris moria de fastidio. Ha habido bailes en la córte, en los ministerios, y en las casas particulares; en una palabra, poco ó mucho, por todas partes se ha bailado. — En el baile de la córte no penetraron los profanos, aunque no por eso ha dejado de observarse la etiqueta, tan rigurosamente como se observaba en la córte de Luis XIV. Y ya que hablamos de etiqueta, consignáremos aquí un dicho de la duquesa de B..., que fué realmente dicho.

Hablábase en presencia de esta señora de cierto funcionario diplomático que repetidas veces habia renunciado á sus opiniones y á sus obras, y se decia, que por dar gusto al Emperador, era en el día el primer esclavo de la etiqueta.

— ¿ Y su etiqueta es hoy á precio fijo? (1) preguntó la linda duquesa con tanta sencillez, que todos los presentes soltaron una carcajada.

Pero volvamos al baile de la córte, y á las ligas del conde ***. Quizás se me preguntará porqué saco á relucir aquí las ligas del conde ***, pero á eso responderé que me sería imposible pasar en silencio una cosa que tanto ruido ha metido en la alta sociedad parisiense.

He aquí, pues, la historia de las ligas, tal como me la contaron la otra noche, al dulce calor de la chimenea.

Una preciosa jóven habia visto en una de las primeras platerías de la capital un par de broches de diamantes, zafiros y rubíes que la habian gustado hasta lo sumo. Representaban unas mariposas sacudiendo las alas, que producian un efecto maravilloso; solo un artista habia podido concebir aquellas dos mariposas deslumbradoras, que rivalizaban con las mariposas verdaderas.

El sueño dorado de la jóven fué el poseer estas alhajas; sufrió una tentación lo mismo que Eva, y como nuestra madre hubo de sucumbir á ella. Sin embargo, el precio de las tales mariposas era demasiado elevado para su bolsillo, y el marido se mostró inflexible, tratando de locura el capricho de su jóven esposa.

Hay un proverbio en francés que dice, que la voluntad de la mujer y la de Dios es una misma cosa. La jóven principió por incomodarse, y luego vinieron los lloriqueos, pero como el marido no se enterneció ni se dejó vencer, la mujer se decidió á vengarse del tirano, comprando las mariposas.

— ¿ Cómo pudo encontrar el dinero para ello?

En esto está el secreto.

Sin embargo, el marido que amaba mucho á su mujer, habia conservado en lo mas recóndito de su corazón el recuerdo de sus lágrimas, y como la veia tranquila y resignada, estaba incomodado consigo mismo por haberla negado aquella bagatela.

Una mañana, pues, sin decirle una palabra, se fué á casa del platero para comprar las mariposas y regalárselas; pero cuál no seria su extrañeza cuando supo que su señora las habia comprado ya algunos dias ántes.

El marido volvió á casa pensativo... y celoso.

Las mariposas tomaron en su imaginación proporciones inmensas, pero sin embargo supo disimular sus sospechas y su dolor, y esperó los acontecimientos.

Aquella misma noche se daba en Tullerías el baile de piñata, al que asistian ambos consortes. Jamás el desgraciado marido habia visto á su mujer mas linda, elegante y graciosa. El iba vestido con la casaca verde nuevamente admitida, y llevaba por ligas dos lazos de raso blanco.

Pero nada podia distraerle; siempre tenia delante las mariposas del platero, cuando de repente descubrió á uno de sus amigos íntimos el conde ***, que llevaba unas ligas de color de rosa prendidas con un objeto que le abrasó los ojos.

— ¡ Es imposible! exclamó, ¿ de dónde detrás de su amigo el conde.

— Amigo mio, le dijo, deteniéndole vivamente, ¿ qué lleva Vd. ahí en las ligas?

— Bien á la vista está, unas mariposas....

— Sí, pero ¿ de dónde proceden?...

— De una mujer muy linda que me las ha prestado para esta noche, nada mas.

El marido se puso pálido como un muerto.

— Caballero, le dijo el conde, Vd. ha mentido; esas mariposas son de mi mujer.

— Vd. sí que está loco; las he comprado en casa de ***.

— Pues precisamente allí las escogió mi mujer dias pasados. Confiese Vd. que ella se las dió.

— ¿ Qué quiere Vd. decir con eso? respondió desdeñosamente el conde. Mañana le enviaré á Vd. mis padrinos.

El marido se volvió con su mujer, que se estaba riendo mientras hablaba con varias personas, encantando á todos con su gracia y alegría.

Pero de repente, al hacer un movimiento, se desprende el ramillete que llevaba prendido en el pecho, y aparecen las dos mariposas en todo su brillo.

El pobre marido creyó que perdía la cabeza. En cuanto á la mujer, soltó un grito de terror, y se puso encarnada como una cereza.

El marido ultrajado se fué de nuevo en busca del conde ***, y le dijo :

— Perdona Vd., amigo mio; mi mujer tiene dos mariposas iguales á esas; déme Vd. la mano, y olvidémoslo todo.

El conde tendió la mano al pobre celoso; pero lo que el marido no sabrá nunca, es lo que el lector adivinará, sin que yo necesite decirselo.

La duquesa llevaba las armas del conde, y el conde los colores de la duquesa.

Sin querer he dicho que era una duquesa, pero cuando se habla mucho, la indiscreción llega sin que uno quiera.

Entremos ahora con las modas, porque bien es necesario que critiquemos tambien un poquillo.

Una conversacion sin agudeza, nos hace el efecto de una flor sin perfume.

(1) *Étiquette* en francés tiene un doble sentido; quiere decir tambien el rótulo que ponen los comerciantes en sus géneros, para marcar los precios; en ese doble sentido está el equívoco.

¿Qué se va á llevar? ¿cuáles son las novedades que va á inaugurar el Jockey-Club?

Desde luego, para traje de casa, se llevará el calzon de piel de gamo, con preferencia al de pana blanco. También se habla de calzones de topo inglés, pero como no tengo la menor idea de lo que son esa clase de animales, no puedo decir aquí las ventajas que pueden tener sobre la misma especie de los que hay en Francia.

En cuanto á los trajes de vestir, no serán ni cortos ni largos, decision tan prudente como acertada. Estoy segura de que muchos elegantes se incomodarán con esta medida, y que no aprobarán la levita justo-medio; pero mientras estalla el pronunciamiento, he aquí el decreto relativo á las levitas:

Las levitas llevarán dos hileras de botones, dispuestas de modo que se puedan abotonar tres por abajo.

Las solapas serán de un tamaño regular.

Los cuellos de seda quedan suprimidos.

Ahora viene otro decreto sobre los chalecos.

Queda adoptado el chal, mas ó ménos cerrado, segun el gusto del que lo lleve.

El largo hasta ahora es regular, pero se asegura que se aumentará próximamente. Allá veremos.

Los pantalones quieren parecerse á los calzones ajustados; quieren dibujar formas, que á veces no existen. Por abajo son un poco anchos y bien redondos á fin de que se vea el calzado, que cada día se hace mas primoroso.

Se dice que en los chalecos y pantalones tendremos algunas rayitas de plata y oro. El oro en chaleco no hace mal, pero en pantalon es otra cosa. Esperemos la decision de los elegantes.

Dos palabritas acerca de los sobretodos de primavera que se verán por las mañanas.

Estos sobretodos son muy anchos, llevan una sola hilera de botones, y son bastante largos para cubrir los faldones de los fraques. Se hacen de un paño ligero, llamado satin-tweed, formando grano, y tambien lisos. Van forrados de seda, con solapa y cuello respuntados, y sin ribetes al rededor. Los colores preferidos son el bronce aurika, hoja de encina bien obscura, negro inglés, y lord Gray. El color verde no se lleva, á ménos que no se acerque al verde ruso, que tira mucho al negro.

Tambien el azul y el avellana están abandonados.

En Longchamps veremos otras cosas que no se olvidarán en la próxima revista.

Mis lectores de Ultramar tendrán que contentarse hoy con estas pocas noticias sobre la elegancia.

El figurín que acompaña á este número da una justa idea del gusto reinante; los trajes que se ven en él respiran ya una brisa de primavera. El invierno se acabó ya; pero vamos al caso.

El primer personaje es un jóven de veinticinco á treinta años.

Lleva encima una prenda de color verde ruso, que ni es paletot ni es levita, ó mejor dicho, participa de ambos géneros, puesto que el delantero va suelto y se abotona con una sola hilera de botones. Sin embargo, no dibuja las formas, lo que le quita todo carácter de traje de vestir, y le asemeja un poco al paletot. El cuello y solapas son pequeños y poco vueltos. Las mangas anchas, con altas bocamangas en forma de caño de bota; el faldon corto y poco ancho. Por detrás se dibuja el talle en las caderas. Por dentro hay forros de seda, y al rededor va ribeteado.

El chaleco es de casimir liso, género de fantasía, á chal, y con dos hileras de botones.

El pantalon es de pana ceniciento y liso, de un ancho regular, derecho y con trabillas.

El niño que está al lado tiene ocho años.

Su traje consiste en una blusa rusa, ribeteada con una ancha cinta de terciopelo, y cerrada por delante con cinco presillas de tamaño progresivo, principiando por abajo. Cada una de estas presillas tiene un ojal á cada punta. El pantalon es de cuadros oscuros con pliegues, ancho de piernas y sin trabillas.

Después viene un hombre de unos cuarenta años, con un traje de montar y un sobretodo color de avellana de Waterproof. Este sobretodo de un corte grandioso y elegante, con una sola hilera de seis botones, colocados á siete centímetros del borde. El interior va forrado de seda del mismo color. El cuello y solapas cortados ingeniosamente pueden caer sobre los hombros. El faldon es corto con bolsillos con carteras á los lados.

El frac de debajo á la inglesa, es de paño verde Napoleon, con una sola hilera de botones de metal. Los faldones son redondos por delante. El chaleco es de casimir de color de paja, con chal corredizo, con botones hasta arriba, en el género llamado á la *chevalière*, con la diferencia de que pueden quedar abiertos por arriba tres botones. El pantalon es de punto nuevo, con rayas al sesgo, holgado por arriba, ajustado sobre la bota, y con trabillas.

El cuarto personaje lleva un traje de medio vestir, que se compone de una levita de paño bronce aurika, ribeteado con un galoncito de raso, con cuello y solapas muy pequeños. Las mangas son anchas y derechas, con bocamangas redondas de 10 centímetros. El faldon es de un largo regular.

El chaleco, que se halla en gran parte oculto por la levita, es á chal cruzado, un poco largo, y derecho por las caderas.

El pantalon es de una tela verdosa, formando cuadros á voluntad, un poco ajustado á la rodilla, y mas corto que de costumbre, para que se vea una bonita bota.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Cera vegetal y cera de abejas.

Sobre las condiciones y circunstancias de estos dos productos se ha promovido una cuestion curiosa, é interesante ya, bajo el punto de vista industrial. Nos referimos á la ruidosa polémica que se agita entre el Sr. Bert,

como fabricante de la llamada cera vegetal por una parte, y por otra los señores D. Diego Genaro Lletget, D. Vicente Masarnau y D. Juan Pedro Blesa, profesores y catedráticos de química, que han sido nombrados para analizar dicha produccion. Hablarémos con la debida extension cuando tengamos datos suficientes sobre el particular; pero entre tanto, he aquí una ligera idea de esta controversia que abunda ya en incidentes curiosos.

Ante todo, conviene decir á nuestros lectores, que segun asegura el señor Bert, los mercaderes de cera de abejas han acudido en súplica al señor arzobispo de Toledo para que prohiba el uso de la cera vegetal en los templos, por ser su uso contrario á los cánones y prescripciones de la Iglesia. Nombrados peritos para resolver esta cuestion, los señores Lletget, Masarnau y Blesa han informado y extendido su certification ante el vicario eclesiástico, previo el análisis detenido y minucioso que, segun dicen, practicaron con las velas y ceros de cirio de cera vegetal del señor Bert. De este análisis resulta, «que las velas en cuestion no son de las que verdaderamente se llaman cera vegetal, hallándose estas compuestas de ácido esteárico en mayor ó menor pureza. Que al ver el resultado de sus investigaciones, se dirigieron á compararlas con las velas esteáricas, ya bien conocidas, y han visto que su origen es el mismo, es decir, que el ácido esteárico de unas y otras procede de materias grasas del reino animal, con solo la diferencia que está mucho ménos purificado en las llamadas cera vegetal, y aun entre sí en unas ménos pura que en otras.»

En vista del informe de los tres profesores químicos referidos, el señor Bert declara solemnemente que no tiene necesidad de operaciones ni de reactivos para saber que no hay ni un átomo de sustancia animal en sus cirios de cera vegetal, y rechazando el dictámen de sus antagonistas, les reta públicamente á que comparezcan con él «ante un tribunal científico compuesto de los hombres mas eminentes de España y del extranjero, y como un medio de facilitar la realizacion de este exámen, ofrece depositar una suma de doscientos mil reales, mitad para responder de los gastos de viaje de los señores Lletget, Masarnau y Blesa, del señor vicario eclesiástico, si quiere, y de los que ocasionen los peritos y demás indemnizaciones que haya que hacer; la otra mitad de la suma en favor de los pobres de Madrid, y el total de la cantidad referida será á su costa, no solo en el caso de que sus cirios sean compuestos de materia animal, sino tambien si del exámen resulta que contienen la mas mínima parte; pero téngase entendido que condenados por el tribunal ante el cual les reta, los tres profesores tendrán que soportar todos los gastos de viaje, peritos, indemnizaciones y pobres.»

Como nuestros lectores verán, la cuestion ofrece ya sumo interés, pero todavía falta un detalle que la da mayor importancia. En el caso de que los tres profesores catedráticos químicos rehusasen la proposicion que antecede, el señor Bert les propone (con mas valor sin duda que caridad) un combate muy singular, reducido á lo siguiente:

«Al efecto, dice el señor Bert, escogerémos cuatro habitaciones de igual dimension y de algunos pocos piés cuadrados, encenderémos en ellas un número igual de cirios, mis adversarios de los que fabrican sus amigos, los cereros de abejas, y yo de los que fabrico con aceite; cada uno de nosotros se colocará en su habitacion, que estará herméticamente cerrada, y entónces se verá cual de mis tres adversarios ó yo será el primero asfixiado por las emanaciones mal sanas de nuestros productos respectivos, y no podrá ser mas completa la demostracion de su pureza.»

Ignoramos si los señores Lletget, Masarnau y Blesa aceptarán el reto pura y simplemente como lo propone su adversario, ó bien modificando las condiciones; ó si por el contrario, pensarán como hombres de buena moral, rechazar un duelo que la religion prohíbe.

Lavengro.

(Véase el no 11, pág. 174.)

(CONCLUSION.)

— Tanto mas vergonzoso es para Vd. no poder vivir por cuenta suya. Sabe Vd. domesticar serpientes, domar caballos, leer libros y á pesar de eso depende de otro. A la verdad que tengo derecho para burlarme de Vd., hermano.

- ¿Y Vd. vive por sí solo?
- Sin duda alguna, y además soy un Rommany Kral.
- ¿Qué quieren decir esas palabras?
- El rey de los gitanos, hermano.
- ¿Tienen los gitanos otros reyes además de Vd.?
- Sí, hay otros hombres que llevan este título; pero el verdadero Faraon es Petulengro.
- ¿Habitaron en el Egipto los antepasados de Vd.?
- Sí, pero hace mucho tiempo.
- ¿Y porqué salieron de allí?
- Tuvieron sus razones para ello.
- ¿Y Vd. no es inglés?
- Nosotros no somos gorgios.
- ¿Habla Vd. una lengua que le es propia?
- Avali (sí).
- ¡Es admirable!
- ¡Ah! ¡ah! exclamó de repente la mujer que sentada

en su extremo de la tienda habia escuchado la conversacion sin mezclarse en ella, ¡ah! ¡ah! repitió fijando sobre Lavengro dos ojos que brillaban como dos carbones encendidos y que expresaban á la vez el desprecio y la cólera. ¡Es admirable que tengamos una lengua propia! Hijo mio, todos los gorgios son lo mismo. Nos envidian nuestro idioma; desearian que solo fuésemos uno como ellos.

— ¿Le llama á Vd. hijo suyo? dijo Lavengro á Jasper cuando acabó de hablar.

— Es que lo soy, hermano.

— Pero no me ha dicho ántes que sus padres estaban...

— *Bitchadey pavel*; es verdad; pero esa mujer es mi suegra.

— ¿Entónces está Vd. casado, Jasper?

— Sí; soy esposo y padre. Ya verá Vd. á mi mujer y á mi hijo.

— ¿Cómo se llama el idioma de Vd.?

— Rommany.

— Yo desearia aprenderle. ¿Quiere Vd. enseñármelo?

— De buena gana. ¿Cuándo empezamos?

— Cuando Vd. quiera, Jasper.

— Pues al momento, hermano.

— Estoy dispuesto. Empecemos.

— No será al ménos en mi presencia, exclamó la mujer levantándose bruscamente y tirando al suelo la labor que tenia entre las manos. No quiero que un gorgio aprenda delante de mí el rommany; vaya un asunto gracioso; ¿cuáles serán sus consecuencias? Que entiendan nuestros secretos y operaciones y vaya revelándolos á todo el mundo.

Calló la mujer un momento, y preguntó Lavengro á Jasper como se llamaba Dios en su lengua.

— Mas le valiera á Vd., exclamó la mujer con rabia, volverse por donde ha venido, gorgio, que robarme la lengua en presencia mia. ¿Sabe Vd. con quién trata? Pues me llamo Herna y desciendo de Chevelo.

Entónces se soltó los cordones de su cabello y le dejó suelto en desórden por su cara. Era tan largo, que llegaba hasta las rodillas. Puesta de pié en medio de la tienda, parecia que iba á arrojarse sobre Lavengro; pero solo repitió varias veces: «me llamo Herna y desciendo de Chevelo.» Jasper aparentó no verla ni oirla, y respondió á la pregunta dirigida por Lavengro:

— En nuestra lengua Dios se dice *Duvel*, hermano.

— *Duvel* se parece mucho á *Devil* (diablo).

— Es verdad, hermano, es verdad.

— ¿Qué adjetivo rommany significa divino?

— *Duvelskoe*.

— Pienso una cosa, Jasper.

— ¿En qué, hermano?

— ¿No es muy extraño que los adjetivos divino y diabólico fueran en su origen una sola y misma palabra?

— Es á la verdad muy extraño, hermano.

Desde aquel momento tuvo Lavengro frecuentes entrevistas con Jasper, ya en su tienda, ya en las inmediaciones por donde paseaban juntos dos horas hablando de todo.

— «Algunas veces, dice, le acompañé en uno de sus caballos á las ferias y mercados de los alrededores. Pronto advertí que habia entablado relaciones con una raza de hombres muy singulares, cuyas costumbres y ocupaciones excitaban vivamente mi interés, pero con especialidad su lengua.»

Lavengro estudió no solo la lengua sino las costumbres, los usos y el carácter de los gitanos, con los cuales la casualidad le habia hecho tomar tan íntimas relaciones. En poco tiempo supo hablar el rommany, dejando admirado á su maestro la rapidez de sus progresos.

— No le llamarémos á Vd. mas *Sapengro*, hermano, dijo un dia Jasper, sino Lavengro, palabra que significa doctor en palabras.

— No, hermano, dijo otro gitano llamado Tawno-Chikno, mas vale llamarle Cooro-mengro, porque he refuido con él á bofetones y conocido por experiencia que es un excelente maestro de pugilato.

— Su modestia le ha grangeado mi afecto, dijo la mujer de Tawno-Chikno; solo ha tenido palabras agradables que dirigirnos, y ha enseñado á mi hijo á decir sus oraciones.

— Como es hermano de mi esposo, dijo la mujer de Petulengro, le profeso el cariño de una hermana. Si quiere seguirnos se casará con mi hermana Ursula. ¿Qué le parece á Vd., madre?

— Lo que digo, exclamó la descendiente de Chevelo, es que parto para Yorkshir, porque no puedo tolerar lo que aquí sucede. ¡Pretendeis que ame á ese gorgio cuando tendria sumo placer en envenenarlo! Pues ahora marchaos á Lóndres, tomen mi bendicion, que yo me alejo con el corazon traspasado, porque veo que no sois verdaderos rommanys. Por ganar un mal hermano, habeis perdido una buena madre.

Petulengro no tardó en partir con lo restante de su tribu, y Lavengro se quedó solo en la casa paterna. Tenia entónces diez y seis años. Habiéndole dicho su padre que eligiera alguna carrera se inclinó por la del foro; pero en vez de estudiar leyes y procedimientos, aprendió varias lenguas, y entre ellas, la hebrea, la árabe, la alemana y la armenia.

Tales fueron las principales circunstancias de su juventud que hicieron á M. Jorge Borrow un lavengro y un gitano verdadero. Mucho mas podria decirse de seguir paso á paso su autobiografia; pero basta para dar á conocer su carácter y el mérito de la obra en cuestion.

La reina Victoria y el príncipe Alberto.

Las palabras rey ó reina, dice un periodista francés, seducen á nuestra imaginación. Quien dice rey habla para muchas gentes de un ser sobrenatural dotado de la fiereza de Marte, de la fuerza de Hércules y del entreciejo de Júpiter. Una reina no es para dicha gente reina si no tiene el perfil severo de Juno y una estatura colosal, y la razón de estas preocupaciones está sin duda en los reyes y reinas del teatro.

Pero en realidad los reyes y las reinas se acercan mucho á los demás mortales, y hacen bien. Cuanto mas accesibles se van haciendo dichos personajes, mas nos convencemos de esta verdad de la cual entre otras la reina Victoria nos ofrece una prueba evidente. Observad su fisonomía, y decid si á pesar de la triple corona que ciñe sus sienes, ofrece el aspecto de la terrible Juno. No, ciertamente, su presencia así como su rostro dulce y alegre pertenece á lo que entre nosotros se llama

una jóven amable. ¿Y porqué habia de parecer otra cosa?

Al lado de la reina Victoria damos el retrato del príncipe Alberto, su augusto esposo, hombre de hermosa presencia, como todos los hijos de la pródiga familia de Coburgo que está poblando casi todos los tronos de Europa, y el cual por la bondad de su carácter ha sabido merecer el amor de la reina y la estimación del pueblo inglés.



La reina de Inglaterra.



El príncipe Alberto.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GIRDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12 pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15 pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	13 » »	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Feo de California y el Paraguay.	16 » »
Para Puerto Rico.	13 50 macuquinos		
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18 » »		
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12 pesos fuertes		
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14 » »		
Para la provincia de Cúmana.	12 75 » »		

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripción se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Lo suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Lóndres.	MM. SIMMONDS.	Cobija.	MM. ARTOLA y Ca.	Puerto Rico.	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Demerara.	— Richard HAYNES.	Quito.	— Alfonso PRIEUR.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Río Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
Arica.	— BILLINGURST y TAYLOR.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE y C ^a .
Arequipa.	— J. Maria REY DE CASTRO.]	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santo Domingo.	— D ^r MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay).		Lima.	— José MACIAS.	Santa Maria.	— Manuel ABELLO.
Buenaventura.	— VASQUEZ CORDOVA.	Maracaibo.	— P. CASAU.	San Juan de Nicaragua.	— Jean MESNIER.
Bogota.	— SIMONNOT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAV.
Buenos Ayres.	— CLARMONT.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Id.	— LUCIEN y Ca.	Monpos.	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile.	— PASCUAL EZQUERRA y GIL.
Caracas.	— J. C. CORBIN.	Méjico.	— BOIX, BESSERER y C ^a .	San Tomas.	— BENEDETTI.
Id.	— Emile PHILIP.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Cartajena.	— H. P. DE LA VEGA.	Panama.	— SMITH y C.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cali.	— J. Maria CANADAS.	Popayan.	— RAFAEL IRURITA.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Ciudad Bolívar.	— THIRION.	Porto Cabello.	— RAFAEL ROJAS.	Valparaiso.	— PASCUAL EZQUERRA y GIL.
Caunma	— A. PESQUERA.			Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.